

"LABERINTO INFANTIL"
Buenos Aires – 1985

Laberinto Infantil fue el primer libro de Alvaro Yunque publicado después de la peor dictadura militar que padecimos los argentinos (1976/1982).

Hasta su publicación en febrero de 1985 no había ningún título de Yunque en las librerías. Por medio de varios decretos del poder ejecutivo de la dictadura, todos los ejemplares habían sido secuestrados y se había prohibido la publicación y venta de toda su obra a partir de 1977.

Copia del decreto 1937/78 con firma de Videla y Harguindeguy. En este decreto se apoyó la Dirección de Asuntos Jurídicos para aplicar sanciones sobre toda la obra del autor.

Fue prohibida la circulación de un libro

El Poder Ejecutivo prohibió la distribución, venta y circulación en todo el territorio nacional del libro "Niños de hoy", de Alvaro Yunque, editado por Plus Ultra.

El decreto correspondiente dispone, además, el secuestro de los ejemplares, autorizando a la Policía Federal a dar inmediato cumplimiento a ello.

LA NACION — Martes 29, agosto 1978

En los considerandos se señala que el libro "agravia a la institución familiar y a los valores que ella transmite, por cuanto actitudes como ésta provocan la disgregación social tanto o más disolventes que las violentas".

Añádese que la actitud del gobierno nacional tiende a preservar la tradición nacional y los valores de la moral cristiana. "cuestionados en esta publicación", y se recuerda que es privativo del Poder Ejecutivo velar por la jurisprudencia de la Corte Suprema de la Nación, de acuerdo con el artículo 23 de la Constitución Nacional.

LA NACION — Martes 29, agosto 1978

INDICE

PRIMERA PARTE LABERINTO INFANTIL

LABERINTO INFANTIL
CARTA A LOS SEÑORES REYES MAGOS
EL RETRATO DE AYER
PACHULI
PADRE, MADRE, HIJO
LA PLUMA
ENIGMA
JUSTICIA
EL FLORERO ROTO

SEGUNDA PARTE ANGELES DESPLUMADOS

ANGELES DESPLUMADOS
LA CONCIENCIA Y VEINTE PESOS
EL RELOJ EN LA CARTERA
EL PROBLEMA
LAS ALAS DE LA MARIPOSA
CANARIO Y BUHO
UN MUCHACHO SIN SUERTE
CUASIMODO, ENAMORADO
VINTEN
EL ESPEJO

PROLOGO

Hay una santidad laica. Está hecha de un subjetivismo que podríamos llamar, ¿por qué no?, religioso, sino místico; pero exento de superstición, sin la trémula sumisión a dogmas ni liturgias; sin ceremonia. Hecha de altruismo, dentro de la dualidad de quien defiende su individualismo sacudido de dependencias, limitado por el amor al prójimo. Grandeza del alma; bondad del corazón; ternura hacia los seres indefensos, empezando por la sagrada inocencia infantil, extendiéndolo a todos los humillados y oprimidos.

Que no reconoce en el hombre el derecho al mandar al semejante, pese a las jerarquías mentales, por supuesto, menos a reprimir y a asumir la autoridad de juez.

Los ideales, por encima de la propia preservación; los sentimientos, por encima de las ideas; la intuición, por encima de la luz de la inteligencia; la pureza de conciencia, por encima de los intereses, aun los vitales.

Esa clase de santidad reconocía yo a igual que sus amigos en el pensador, el escritor, poeta y dramaturgo que era Alvaro Yunque. En el escritor gravitó el fervor cariñoso hacia el niño, porque el poeta, por su parte, quería no haberse apartado del candor de los niños. No soslayaba la prédica ignorante de los criterios cerriles que perseguían sus libros. Censura que a sus amigos nos indignaba mucho más que a él.

El dramaturgo amaba en el teatro el elemento cultural. Por repudiar en ese ámbito la codicia mercantil, combatió a la par de camaradas a los causantes del estancamiento moral y artístico y estuvo en la primera hora de lo que se llamó el teatro independiente. Teatro que entendió ser proletario, sin decidir si debía estimular las reacciones rebeldes del bajo pueblo frente a las clases dominantes o se trataba solo de hacer llegar a las masas las expresiones de arte. De todos modos, una lucha ardua con ímpetus juveniles. Movimiento que bien se sabe, fructificó y como todas las vanguardias, encaneció en el torrente de las evoluciones que reflejaban la moral corriente y fortalecían la consiguiente transformación.

Alvaro Yunque, reformador, fue un constante maestro de conducta. Lección de permanencia.

Por eso lo queríamos, tanto como lo respetábamos, al aceptar de buen grado su capacidad de ternura.

*EDMUNDO GUIBOURG**

1985

*Periodista, ensayista, dibujante, crítico, director y autor teatral argentino (1893-1986). Fue una de las personalidades más sobresalientes del periodismo y del teatro argentino.

PRIMERA PARTE

LABERINTO INFANTIL

"La vida debe ser una continua educación."

FLAUBERT

Obdulio y Félix salen del colegio y comienzan a andar, lentamente, camino de sus casas. Son amigos desde el primer año del colegio nacional. Viven cerca uno de otro y el acompañarse diariamente ha estrechado su amistad. Difieren en todo, en caracteres y en figuras. Obdulio es meditativo, estudioso; Félix bullanguero, buen deportista, mal estudiante. Obdulio lo ayuda. Sin él, las equis y zetas de las incógnitas quedarían siempre siendo incógnitas para Félix. Obdulio es alto y frágil; Félix, también alto, pero musculoso. En el patio, en la cancha de fútbol, allí donde haya una discusión o una reyerta, los gritos de Félix son los que más se alzan; dispuesto a imponerse, ya a voces, ya a puñetazos.

-¿Sabés una cosa? Habla Obdulio -, te la digo a vos solamente. Es un secreto. Cuando termine este tercer año dejaré de estudiar.

- ¡¿No?!

- Sí, Félix. Vos sabés que soy huérfano y que me recogió una tía, hermana de mi madre. Ayer, por casualidad, oí una conversación de ella con su marido. El se quejaba de los gastos que le traen mis estudios. Trabajaré. Ya he encontrado empleo en el consultorio de un médico que fue amigo de mi padre. En diciembre, después de los exámenes, entraré a trabajar.

- ¡Qué lástima! Vos, tan buen alumno, de los mejores de la clase, ¡el mejor de la clase!

- ¡Qué vamos a hacer! "Unos nacen con estrellas y otros nacen estrellados", dice un refrán.

Siguen andando, silenciosos.

-¡Qué cosas tiene la vida! filosofa Félix -. Ya ves, a mí que no me gusta estudiar me deja de estudiante y a vos te saca los libros de las manos, ¡y a trabajar! ¡Es una injusticia!

- Es la pobreza. Cuando se es pobre, la vida lo lleva a uno de aquí para allá, a los tumbos. ¡Ay! ¡La atropelló!

- Se oye una frenada, Un automóvil acaba de atropellar a una mujer que atravesaba la esquina. Varios corren. La mujer, una anciana, ha quedado en el suelo, sin sentido. El automovilista, aprovechando la confusión, ha huido velozmente. ¡Ya dobló! ¡Ya ha desaparecido! Se oyen protestas, injurias al que huye. Varios alzan a la herida, la llevan a una farmacia próxima. Llegan vigilantes.

-¿Qué chapa tenía el auto? Pregunta en voz alta Félix, pero nadie responde -¿Nadie se fijó en la chapa?

Todos callan. A nadie se le ocurrió tomar el número.

- ¡Canalla! Sigue gritando Félix, coreado por otros - ¡Asesino!

Obdulio toma del brazo a Félix y le susurra, después de apartarlo del grupo:

- Vení. Te voy a decir una cosa.

- ¿Qué?

- Yo reparé en el número del auto. Es un número tan singular que no se olvida: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Se lo voy a decir a un vigilante.

Félix lo detiene:

- Un momento, no vayas todavía.

- ¿Por qué?

- Se me ha ocurrido... ¡Vení!

Y lo aparta más del grupo de curiosos.

- ¿Para qué le vas a decir el número a un vigilante?

- Para que el dueño del auto indemnice a esa pobre vieja, seguramente le ha roto algunos huesos.

- No te apures. Oí lo que he pensado. ¿Vos me venías diciendo que vas a dejar los estudios porque tenés que trabajar?

- Sí.

- ¿Viste qué auto era ese?

- Un gran auto.

- Seguramente el dueño es muy rico. ¿Comprendés?

- No.

- ¡Siempre caído del catre! Escuchá. Y si fueses a ver al dueño del auto, un ricachón, y le dijese: Yo sé que usted atropelló a esa vieja en tal calle; si me da tanto y aquí ponés unos buenos miles yo no diré el número de su auto. Si no me los da, ahora mismo voy a la comisaría y lo denuncio.

Obdulio se detiene, lo mira de arriba a abajo:

- ¿Es un chantaje lo que me proponés?

- ¿Un chantaje? ¡No! ¡Una viveza!

Obdulio medita un momento:

- ¡Imposible! ¡No puedo hacer eso!

- ¡Chiquilín! Lo apostrofa Félix, burlón y despreciativo.

- Eso sería ser más canalla que el ricachón del auto.

- No te enojés. Oíme. Tenemos la misma edad, todavía vos sos unos meses mayor que yo; pero yo puedo ser tu padre o tu abuelo en las cosas de la vida. Vamos a lo del ricacho, yo te acompañaré.

- ¡No!

- Yo te acompañaré si no te animás a ir solo.

- Vamos y le decimos: El número de su auto es 1234567. Sólo nosotros sabemos que usted atropelló o quizás mató a esa mujer en la esquina de Reconquista y Paraguay. Si usted nos da tanto, no decimos nada. Si no, ¿Sabe todos los inconvenientes que le va a traer el asunto por haber escapado?

- ¡No puedo hacer eso, Félix!

- Callate, Obdulio. Bajá de la luna. Pisá la tierra.

Escuchá a tu padre, a tu abuelo en las cosas de la vida. El ricacho afloja los pesotes. Por ejemplo: ¿Si le pedimos treinta mil? ¿O cuarenta mil? Treinta para vos y diez para mí por haberte dado la idea.

- ¡No!

- ¡A trompadas te enseñaría a ser más hombre!

- Para vos, ¿ser hombre es ser un chantajista?

- ¿Qué chantajista? ¡Un vivo! ¿Crees que en la vida hacen plata los que son como vos?

¿Qué decís? Llevás ese dinero a tus tíos si no querés guardártelo, te van a tratar mejor, podrás seguir estudiando. Mirá como se te cambia todo. ¿Callás?

- Voy a pensarlo. El poder seguir estudiando me hace pensar, si no, ni lo pensaba.

Ya están en la puerta de la casa de Obdulio.

- Bien, pensalo; pero no digas nada a nadie. Una vez que lo hayas pensado, venís a casa, vamos a ver al señor del 12345678 ¿Y qué lindos son los papeles de mil! ¿Has tenido alguna vez en la mano papeles de a mil?

- Nunca.

- Yo, sí. Pero no eran míos. Eran de mi Jove.

- Hasta mañana.

- Hasta mañana, no; hasta luego. Te esperaré. Penas: treinta mil para vos y diez mil para tu consejero.

- Sos el demonio.

- ¡El demonio tentador! Un amigo, nada más, un buen amigo. Hasta luego.

Felix ríe.

Obdulio entra a su casa, muy serio, perturbado. La tía repara en ello.

- ¿Qué te pasa?

- Me duele un poco la cabeza.

- Y se tira sobre la cama. Suena el timbre.

- Es tu amigo Felix dice la tía.

- Entra Felix:

- Me había olvidado de decirte: mi padre tiene un amigo empleado municipal, por él puedo averiguar a quién pertenece el auto y donde vive el dueño. Ya mismo voy a verlo.

- ¿A quién? Se alarma Obdulio.

- A ese amigo de mi padre. Así cuando vos vayas a casa...

- ¡No voy a ir!

- ¡Sí, vas a ir! Mirá, ángel sin plumas y hace ademán de contar dinero -: mil, dos mil, tres mil, cuatro mil. Hasta luego. ¡Inocente!

- Sale. Obdulio queda cavilando.

- Un reloj, en el cuarto silencioso, dice tic, tai, tic, tai; en su cerebro, isócrono como el reloj, algo dice, sí, no, sí, no.

Felix no duda mucho. Felix se mueve. Va a ver al amigo de su padre, el empleado municipal, averigua el nombre y el domicilio del dueño de ese auto 1234567. ¡Bien! ¿Y ahora? Decide ver de nuevo a su amigo Obdulio.

- Ha salido le informa la tía.

- ¿No sabe dónde fue?

- No, lo encuentro raro. No quiso almorzar, dice que le duele la cabeza.

- Voy a ver si lo encuentro. A lo mejor está en la plaza, estudiando.

- No llevaba libros.

- Hasta luego, señora.

Felix no duda. Irá a ver al dueño del 1234567. Actuará por su cuenta. Él conoce a Obdulio. Seguramente no se decidirá a seguir su consejo. Irá solo.

- Le pediré cincuenta mil, no cuarenta mil se dice Felix, y agrega: veinticinco mil para cada uno.

- Ya está en la puerta de la casa del dueño de ese 1234567, Toca el timbre. Su mano no tiembla, por supuesto, no tiembla como temblaría la de Obdulio si fuera él quién fuera a ver al dueño del auto.

Sale un mayordomo:

- ¿Qué desea?

- Ver al Dr. Mariano Ordoñez.
- No lo podrá atender ahora. - inicia el mucamo.

Felix lo interrumpe:

- Es por algo muy grave. Es un asunto que interesa al doctor más que a mí, vaya a decirle eso. Y dígame también el nombre de estas dos calles: Paraguay y Reconquista.
- Paraguay y Reconquista repite el mucamo.
- Sí, va a ver cómo me recibe.

Entra y reaparece:

- Dice el doctor que pase.

Lo introduce en un escritorio suntuoso. Allí lo espera el Doctor Mariano Ordoñez que está leyendo un diario de la tarde. Es un hombre maduro, grueso, calvo, con grandes lentes de carey que se quita cuando entra Felix.

- Buenas tardes, doctor.
- Buenas tardes. ¿Qué desea, joven? ¿Algo que me interesa a mí más que a usted mismo, me mandó decir con el portero? Supongo que se trata del accidente de hoy en Paraguay y Reconquista.
- Sí, doctor.
- Hable. Lo escucho.

Felix repara en que el doctor está sentado, pero no lo invita a sentarse. Esto no lo cohibe. Comienza a decir:

- Yo sé el número de su coche: 1234567.

Se detiene. El doctor lo invita a continuar. Esto no es una novedad para mí, por supuesto.

- Lo es, doctor. Usted atropelló a una anciana y escapó con su auto.
- Bien. ¿Y qué más?
- Podría denunciarlo.
- ¿Y por qué no lo hace?
- He preferido verlo a usted.
- Comprendo. Usted viene a hacerme un chantaje. Doctor: si no me da tanto, lo denuncio. ¿No es así, joven?
- Sí, doctor.
- ¿Y cuánto vale su silencio?
- Felix se anima. Pensó pedir cincuenta mil pero pide:
- ¿Mi silencio? Sesenta mil pesos.
- ¿Qué edad tiene usted, joven?
- Quince años.
- ¿Cómo se llama?
- Félix Suárez Landero.
- Felix Suárez Landero repite el doctor, y escribe no me olvidaré su nombre.

Seguramente lo verá en noticias policiales algún día ¿Estudia usted?

- Sí, doctor.
- ¿Qué carrera piensa seguir?
- Abogado.
- Muy bien, mi futuro colega; siento decirle que llega tarde termina el Dr. Ordoñez su "negocio", porque hoy día a todo se llama así, por sucio que sea, le ha fallado, futuro Dr. Suárez Landero. La policía ya sabe el número de mi auto. Hoy alguien, alguien más honrado que usted, me ha denunciado. Aquí tengo la citación y se la muestra -. Buenas tardes.

Se calza los lentes y continúa leyendo el diario.

Felix duda un momento y sale silencioso. Ni a saludar se anima. Ya en la calle, piensa:

Seguramente Obdulio fue a hacer la denuncia a la comisaría.

Va a verlo a su casa.

- ¿Qué hiciste?

- ¿Por qué?

- Fui a ver al dueño del auto. Me encontré que ya lo habían denunciado.

- Fui yo.

- ¿Por qué hiciste eso? ¡Te perdiste cincuenta mil nacionales! Yo le pedí sesenta mil.

Diez mil para mí y lo demás para vos.

- Si hubiese hecho eso, ahora tendría un montón de miles de pesos, sí, pero estaría triste, muy triste. Y ya ves, no tengo esos miles y estoy alegre, muy alegre.

Sonríe.

Quedan mirándose. Felix, ceñudo. Al fin, decide. Parte sin saludar. Obdulio no lo llama tampoco.

Al otro día, al salir del colegio. Obdulio comienza a caminar lentamente. Espera que Felix lo alcance; pero no es así. Felix cruza a la otra vereda y se echa a caminar apurado, como si huyera.

Obdulio lo ve alejarse.

Desde entonces, ya no regresan juntos a sus casas.

CARTA A LOS SEÑORES REYES MAGOS

"Nadie se cura de su infancia."

LEON PAUL FARGUE

Manuel pregunta:

- ¿Qué hacés, Poroncha?
- Estoy escribiendo una carta a los Reyes Magos.
- ¿A los Reyes Magos? ¿Estás loca?
- ¿Por qué?
- ¡Si no hay Reyes Magos! Y además, si hubiera ¿Sabés adónde viven?
- ¡En el cielo, pues!
- ¿Y tu carta va a ir al cielo?
- La voy a echar en el buzón. ¿Quién te dice que un ángel la vea y se la lleve al cielo, a los Reyes Magos?
- ¡Estás loca, loca, loca, loca de remate!
- Vos dejame escribir la carta. ¡Ya verás! Les pido una muñeca para mí y una pelota de fútbol para vos.
- Sí. Me voy a sentar esperando la pelota de los Reyes Magos. Me voy a hacer viejo esperando la pelota.
- ¡Ya verás!
- ¿Conocés al Doctor Funes, el de la esquina? Ese me dijo que no hay Reyes Magos.
- Mamá dice que sí.
- ¿No te has fijado que a los chicos ricos les traen juguetes costosos y a los pobres no les traen nada o les traen una chuchería? ¿Sabés por qué?
- ¿Por qué?
- Porque son los padres quienes compran los juguetes, los ponen en los zapatos que los chicos dejan en la ventana y dicen que fueron los Reyes Magos. Los padres ricos compran juguetes caros, los padres pobres juguetes baratos o no compran nada. Además, ¿Te acordás el año pasado que a vos te trajeron un vestido y a mí un par de zapatos?
- Sí.
- Fue mamá quien los compró. Antes del 6 de enero yo los vi en un cajón de la cómoda. No dije nada.
- ¿Por qué?
- Para que siguiera regalándonos. Si yo decía eso este año, no nos traerían nada. ¡Bueno! Este año no tendremos nada. Porque este año mamá está sin trabajo. No puede gastar en regalos para nosotros. Ya nos dijo: Este año los Reyes no pasarán por este barrio.
- ¿No pasarán? Y Pirulo, el hijo del almacenero, me dijo que este año le van a traer un juego de platos voladores. ¿Por qué los Reyes Magos van a pasar para él y no para nosotros?
- Porque el padre de él gana mucho y mamá no gana. ¿Entendés?
- No importa insiste Poroncha -, vos tendrás razón pero yo quiero escribirles a los Reyes Magos.
- Perdés el tiempo. Haceme caso. Yo tengo doce años y sé muchas cosas que vos no podés saber todavía, vos sólo tenés siete años.

- ¿Siete? ¡No! ¡Tengo ocho!
- ¡Bah! Siete u ocho años es lo mismo. Sos una chiquilina.
- ¿Y vos te crees un hombre porque tenés doce años? Si de noche tenés miedo como yo, cuando mamá nos deja a oscuras para no gastar luz.
- Yo no me creo un hombre, pero pronto voy a ser un hombre. A los quince años voy a ser un hombre.
- ¡Y yo una mujer!
- Todavía te faltan siete años para los quince. Tenés que comer mucho pan todavía.
- ¡Bien! Dejame escribir la carta. Ves: Ya tengo el sobre. Dice: "A los Señores Reyes Magos Baltazar, Melchor y Gaspar en el Cielo". Detrás le pongo remitente: Violante Torres o Poroncha. Calle Tupac-Amarú 5005, Buenos Aires, República Argentina. Pongo todos los datos para que no se equivoquen.
- ¿Por qué no le ponés América, la Tierra, así les das más datos?
- Burlate. Pero no te vas a burlar cuando te veas con tu pelota de fútbol. Ahora dejame escribir la carta.
- Escribila con buena letra prosigue Manucho burlándose -. Hasta luego, no hagas faltas de ortografía.

Y sale.

Poroncha escribe. Despaciosamente, en una hoja que arrancó de su cuaderno, escribe. De pronto, un borrón. Arruga la hoja, la tira, arranca otra de su cuaderno y escribe.

- ¡Ya está! Lee en voz alta:

Señores Reyes Magos Baltazar, Melchor y Gaspar: Les escribo esta carta porque yo soy una chica pobre. Soy hija de la señora Clemencia que trabaja a veces de mucama cuando encuentra trabajo. Les digo a veces porque no siempre mi mamá tiene trabajo. Ahora, por ejemplo, está sin trabajo. Yo quiero que ustedes me traigan una muñeca para mí y una pelota de fútbol para mi hermano. Mi hermano dice que no hay Reyes Magos, pero no importa. El es bueno, a pesar de que dice eso. Lo dice porque el Doctor Funes, ese doctor gordo de la esquina de casa, se lo dijo a él, y él lo cree porque se lo dijo un doctor. Yo no lo creo, señores Reyes Magos. Yo creo que ustedes son buenos y me van a traer la muñeca para mí y la pelota de fútbol para mi hermano. Yo soy estudiosa, tengo ocho años y estoy en segundo grado. Sé escribir, sé leer, sé la tabla de multiplicar hasta el nueve y empecé a hacer divisiones. Mi hermano también es muy estudioso y trabaja. Va al colegio y por la tarde trabaja de cadete en una librería. El lee muchos libros por eso dice que no hay Reyes Magos. También leyó en un libro esa mentira. Para que se convenza que sí, que hay Reyes Magos, tráiganle la pelota de fútbol sin olvidarse de traerme a mí la muñeca. Si hacen eso los voy a querer mucho, mucho, mucho ¡muchísimo! Los voy a querer más todavía de lo que ahora los quiero.

Termino aquí la carta para que no se cansen. Además ustedes tendrán que leer las cartas de todos los chicos pobres del mundo que les escriben, y eso es mucho trabajo. Me despido de ustedes, señores Reyes, deseándoles que sean muy felices en el cielo.

Violante Torres, 8 años

(Poroncha)

P/D: Del otro lado del sobre está mi dirección.

Poroncha cierra la carta, le pega una estampilla y sale a echarla al buzón. Cuando vuelve encuentra al hermano:

- ¿De dónde venís?
- De echar la carta para los Reyes Magos.
- Bueno. Ahora sentate a esperar y hacete vieja esperando. ¡Chiquilina!
- ¡Ya verás!
- ¿Qué voy a ver?

- Cómo te traen la pelota de fútbol para vos y para mí la muñeca.
 - Si no tuviese ésta y Manucho enarbola una deforme pelota de trapo -, ¡pobre de mí!
- No jugaría al fútbol en mi vida.

Policarpo Amaya es empleado de correos. Es un hombre silencioso, casi triste, trabajador. Viudo, vive solo en un cuarto de una casa de inquilinos. Está clasificando las cartas, para la capital, para las provincias. De pronto se detiene ante una. Lee, relee el sobre. Sonríe melancólicamente. En voz alta repite: "A los Señores Reyes Magos" Lo da vuelta y lee, relee: Remitente Violante Torres o Poroncha, calle Tupac-Amarú 5005, Buenos Aires, Argentina.

- ¡Pobre chica! se dice -.

Queda un momento pensativo, se rasca la cabeza. Vuelve a quedar pensativo y toma una resolución:

- Consultaré al jefe se dice.

Y lo va a ver.

- Buen día, señor Espino. Mire la carta que ha llegado.

- El jefe lee y relee el sobre y la dirección del dorso.

- Se me ocurre una cosa dice el jefe.

- ¿A ver si es la misma cosa que se me ocurrió a mí? Pregunta Policarpo Amaya.

- Abrirla.

- ¡Justo! Seguramente es una chica que pide algo.

- El jefe abre la carta. La lee. La alcanza al empleado para que la lea y dice:

- Se me ocurre...

- ¿Qué, jefe?

- Mañana, al salir de la oficina, vamos. ¿Qué le parece? ¿Me acompaña?

- ¡Encantado!

A la tarde siguiente, Juan Espino y Policarpo Amaya, golpean la puerta de la casa en Tupac-Amarú 5005:

- ¿Vive aquí una chica llamada Violante Torres?

- Sí, señor responde la mujer que ha acudido - la llamaré. Y entra, gritando: ¡Poroncha!

Dos señores te buscan.

- Aparece Poroncha, detrás Manucho, azorados.

- ¿Vos te llamás Violante Torres?

- Sí, señor. Y él es Manucho, mi hermano.

- Está tu madre o tu padre. Mi mamá fue al trabajo, hoy encontró trabajo en una casa de la esquina. Si quiere la llamo.

- No es necesario responde el jefe -; nosotros, él y yo, somos los secretarios de los Reyes Magos Baltazar, Melchor y Gaspar. Recibimos esta carta se la muestra -. ¿La escribiste vos?

- Sí, señor.

- Recibieron tu carta y nos entregaron una muñeca y una pelota de fútbol para ustedes.

- Alarga los juguetes. Poroncha no acierta a estirar la mano para tomarlos.

- Tomá - dice Policarpo Amaya -, la muñeca para vos y la pelota de fútbol para vos.

- Manucho es el primero en asirla.

- ¿Están contentos? Pregunta el jefe.

- ¡Sí, sí! Responde Poroncha.

- ¿No nos dan un beso?

- Poroncha besa a ambos. Manucho se adelanta y estira la diestra.

- Hasta la vista, chicos.
 - Los hombres se van. Y en la esquina se dan vuelta y ven a Poroncha y Manucho en la puerta de calle, mirándolos, sin salir aún de su asombro.
- Cuando Juan Espino y Policarpo Amaya desaparecen, Poroncha dice a Manucho:
- ¿Viste cómo hay Reyes Magos?

EL RETRATO DE AYER

"Los niños tienen, como los perros,
Un olfato tan fino y sutil que todo
Lo huelen y descubren, singularmente lo peor."

GOETHE

- ¿Dónde vas, mamucha? Pregunta Silvio, empleando ese "mamucha" a modo de diminutivo cariñoso.

Iba a entrar a su casa cuando la madre salía.

- ¡Querido! lo besa, sonoramente. Luego explica: Voy al Consejo Nacional de Educación. Por el asunto de Marta Hosa, la maestra del segundo piso que debe jubilarse.

- ¿Siempre haciendo algo por los demás?

- ¿Está mal eso, acaso? ¿Es un reproche?

- No, mamucha.

- ¡Cómo para reprocharme, vos! Ayer te vi perder dos horas enseñándole álgebra a tu compañero Jiménez.

- No entendía el pobre. Se atrasó. Pero dijiste "perder". ¿Me reprochás?

- No, querido. Ya ves, yo ahora también voy a perder dos horas haciendo este encargo de Marta. La pobre está enferma. Si no se jubila cuanto antes, los muchachos revoltosos la van a matar a disgustos.

- ¿Querés que te acompañe?

- ¡Encantada!

Comienzan a andar tomados del brazo. Carola es una mujer joven, maestra. Su hijo ya tiene quince años. Mirándolos así, andar ligeramente, podría creérseles hermanos, no madre e hijo.

Carola ha debido luchar con la vida, y mucho. Huérfana muy niña, llegó de Mendoza enviada a Buenos Aires a unos parientes por otros parientes que deseaban deshacerse de ella. En Buenos Aires se avispó y agilizó enseguida.

La ciudad tumultuosa la atrapó con sus garras, es cierto, aunque también despertó en ella sus inteligentes energías. En la casa de los parientes se hizo imprescindible. Fue mucama y cocinera de día. Gran lectora, de súbito se le ocurrió estudiar. Asistió a una escuela nocturna. Tenía diecisiete años, a los veintiuno ya se había recibido de maestra. Se negó a seguir siendo sirvienta gratis como hasta entonces.

Pero antes le había ocurrido lo que a tantas les ocurre: tuvo amores con el niño de la casa. Y nació un hijo. Los parientes la echaron. Con el hijo a cuestas fue de ocupación en ocupación, trabajando por horas, estudiando, leyendo y criando al hijo. A aquel que le juró amor y le prometió casamiento no lo vio más. Ahora su hijo es ya un adolescente serio y estudioso que le colma la vida. Ella da lecciones particulares, de esto viven. A él, alguna vez, cuando aún era niño, se le ocurrió preguntar por el padre. Al principio ella respondió con evasivas. El muchacho no preguntó más. La ternura y comprensión de la madre, lo suplía todo. El respondía a sus sacrificios y esfuerzos estudiando con dedicación, tanto que ella debía emplear a veces todas sus energías para apartarlo de los libros, llevarlo a pasear o a que practicase algún deporte.

- ¿No te cansás, mamucha? Caminás muy ligero.

- ¿Me tomás por un vejestorio?

- Ya has pasado los "malditos treinta años", como los llamaba un poeta antiguo.
- Los llamaba así porque era antiguo. Los poetas de hoy, a los treinta años, se sienten chiquilines. Todo cambia. A mi edad, las señoras de antaño, pesando 90 ó 100 kilos a fuerza de comer dulces, no caminaban dos cuadras sin sentir ahogos o palpitaciones. Apurá el paso que vamos a llegar tarde y quiero hacer este trámite para la pobre Marta hoy mismo. ¡Vamos!

Entran al Consejo Nacional de Educación. Carola pregunta, se orienta, y al fin entra a la oficina que le corresponde. Entrega los papeles y certificados a una empleada y ésta los lleva para adentro. Silvio se ha sentado a esperar. Sale con la empleada un hombre calvo y gordo. Aquella dice:

- El señor jefe se va a ocupar del asunto.

- El jefe la mira y exclama:

- ¡Carola! ¿Ya no me conocés? ¿He envejecido tanto?

- Ella lo mira y palidece. Responde balbuceante, confusa:

- Hace más de quince o dieciséis años que no lo veo.

- Y me has olvidado dice él -, yo no te olvidé jamás. ¡Jamás! recalca con énfasis.

Ella baja la voz. Y siguen hablando. Silvio los observa. El promete:

- Por ser vos me ocuparé de este asunto de tu amiga con preferencia, antes que nada.

- Se lo agradeceré responde ella sin tutearlo. Se trata de una maestra muy meritoria y está enferma, cargada de hijos.

Se despiden. El sonriente, ella grave.

Ya afuera, después de caminar una cuadra, Silvio pregunta:

- ¿Quién era ese imbécil que te tuteaba?

Carola responde:

- Tu padre.

Y siguen caminando, en silencio. Silvio piensa, nada más, piensa. Carola, de vez en vez, lo mira de soslayo.

Ya en la casa, ella sin hablar, abre un cajón y se pone a revolver papeles. Saca un retrato. Lo contempla. Después se lo alarga a Silvio. Este también lo contempla un rato. En este joven simpático y sonriente intenta hallar al hombre calvo y gordo que acaba de ver, y no lo halla. Le parece el retrato de otro. Pregunta:

- ¿El?

- Sí. ¿No parece?

- No.

- Así era él hace dieciséis o diecisiete años. ¡Cómo cambia la vida! Reflexiona.

- A algunos dice Silvio a algunos los cambia más que a otros. ¿Por qué llorás?

Carola ha explotado en sollozos.

Silvio se aproxima a la ventana, apoya la frente en los cristales y observa la calle, sin verla.

Carola continúa llorando.

Silvio la enfrenta, y otra vez pregunta:

- ¿Por qué llorás?

- Carola responde:

- Lloro por haberlo visto. La desilusión. Yo conservaba el recuerdo de él así, como lo ves en el retrato. Ahora, ese hombre gordo con aspecto vulgar, casi tonto, ¿es él, acaso?

- No - contesta Silvio resueltamente -. Pensá que aquel de tu adolescencia ha muerto.

- Sí, ha muerto. Y por eso lloraba. El pasado, mi pasado, por mi pasado lloraba.

- Silvio rompe el retrato, lo parte repetidamente, abre la ventana, tira los trozos a la calle.

Ella pregunta:

- ¿Por qué lo hacés, hijo?

- Olvidá el pasado.

Largo silencio. Carola balbucea:

- ¡El pasado! Hay dos versos de un poeta español que no se me olvidan. Dicen:

"Que importa el pasado, el pasado no hay nadie que pueda borrarlo, en nosotros su espíritu queda"...

Otro silencio, y él habla:

- Te responderé con lo que dice otro poeta, un sabio a la vez, un persa. Dice: "Nada de lo que me digas del pasado tiene importancia para mí. Sé feliz hoy, de ayer no me hables". ¿Sos feliz hoy, mamucha?

- Ella se levanta y lo besa repetidamente, alocadamente, estruendosamente.

PACHULI

"Un chico desgraciado busca y encuentra
En todas partes parcelas de felicidad,
Del mismo modo que una planta atrae para sí del suelo más ingrato,
los elementos nutricios que le hacen vivir."

CHEJOV

Aunque no ha cumplido todavía los trece años, Pachuli es un hombre. Ha vivido. Las desgracias le han pegado rotundas cachetadas y terribles puntapiés, sin misericordia. Pachuli es huérfano. Hace tres meses, una tragedia: el padre y la madre murieron peleando con la policía, formaban parte de una banda de pistoleros que intentaron asaltar un banco, en Flores. La madre actuaba como un varón. Revólver pronto, cayó matando. Pachuli huyó de su casucha, en un barrio de emergencia llamado "Villa Desolación", temiendo que la policía lo buscara. Se refugió en la pieza de un tío, hermano de la madre. Este tío tampoco tiene vida de santo; pero después de cinco años de cárcel, por haber intervenido como campana en un asalto, parece que decidió colocarse al amparo de la ley, aunque no del todo. Es vendedor ambulante de fruta, sin patente. Pachuli se le presenta una noche:

- Tío, ¿sabés los que ha pasado?

- Sé todo. ¡Qué macho tu madre, che! Exclama admirado -, siempre fue brava, desde chica. Se trenzaba a golpes con los varones Murió como debía morir. Podés decir con orgullo: Soy hijo de la Pancheta. ¿Y tu padre? ¡Famoso, che, famoso! Desde Palermo a Barracas, ¿quién no conoce a Pachuli? Tenés un buen pedigrí, muchacho. A ver su hacés honor al sobrenombre Pachuli, que no se te encoja el ombligo.

- Sí. Pero yo no quiero ser ladrón.

- No te digo que lo seas. Ya ves, yo también me he llamado a sosiego. La policía está bravísima. No anda con vueltas: tira a matar. ¿Querés trabajar conmigo?

- Sí.

- Mi laburo es un poco medio no me llamés que me escondo. Ahora vendo bananas. Tengo un carro sin pingo, como supondrás. Y sin patente. Los chafes me corren. Más de una vez he dormido a la sombra. ¿Qué vamos a hacer, muchacho?

- ¿Y por qué no saca patente?

- ¡Muchas vueltas! Además, muy cara. No quiero trabajar para que engorden los del gobierno, che.

- Sin embargo...

- ¡Nada! Me parecés un flojón. Tenés la cara y la figura de tu madre: chico, negro, flaco; ¡Pero qué corazón el de tu madre! Valiente como un cuchillo afilado. Me parece que en eso vos no salís a ella. ¿Cuántos años tenés?

- Voy a cumplir trece años.

- A tu edad, tu padre ya tenía más calabozos que años. ¡Qué yunta tu viejo y tu vieja!

- Yo no quiero ser ladrón.

- Yo tampoco, ya ves: Ahora soy comerciante. Vendo bananas. Vos vas a ayudarme, sobrino. Para el techo, el pan y algún vicio vas a sacar.

- ¿Qué vicio?

- ¿No fumás?
 - No.
 - ¿Y alguna copa?
 - Tampoco.
 - ¡Qué hijo les salió a tus padres! A tu edad, una noche Pancheta se nos presentó en curda. Nuestro padrastro quiso gritarle. ¡Vieras como se puso! Le rompió la escoba en el lomo, y se fue de casa. ¡Si era de fierro!
 - ¿Y cómo terminó?
 - De algo hay que morir.
 - ¡Pero tan joven! Treinta y dos años.
 - Ya veo que no salís a ella. No importa. Quizás sirvas para comerciante. ¡Yo les tengo una bronca a los comerciantes! ¿Sabés por qué la poli nos corre a los que vendemos sin patente? Porque los chafes coimean a los fruteros del mercado, así nos corren. Ellos pagan alquiler, patente; nosotros no. Vendemos más barato. Ya vas a ver, en cuanto aparezco en la esquina de la cortada de tres Sargentos, se amontonan las mujeres a comprarme.
- Pachuli pequeño y vivaz, simpático conversador, resulta un vendedor excelente. Habla mientras envuelve la mercadería. Las mujeres compradoras bromean con él. Pachuli responde con chistes.
- Ya el primer día, vendieron las bananas rápidamente. Fue necesario comprar doble, triple cantidad que antes de la aparición de Pachuli
- ¿Qué le parece, tío?
 - ¡Bien, muchacho! ¡Esto va viento en popa!
 - Nos vamos a hacer capitalistas, tío.
 - ¡La virgen de Luján te oiga, muchacho!
 - Enciéndale una vela.
 - Dos le voy a encender. Una por vos y otra por tu madre. Ya sabés que ella fue muy devota de la virgen de Luján. Siempre que salía a hacer uno de sus negocios, le rezaba, le pedía ayuda.
 - ¿Y cómo le ocurrió eso de que la mataran?
 - Se habrá cansado la virgen de tanto ayudarla, che. O habrá estado ocupada y no la oyó al pedirle ayuda. ¡Levantemos que allá me parece ver la gorra de un cana!
- Salen a la disparada tirando el carro. Pero el vigilante los ve. Quiere su desdicha que otro vigilante les salga al paso. Y tío y sobrino; carro y bananas van a parar a la comisaría.
- En el viaje hablan:
 - Nos tratan como si fuéramos ladrones, tío.
 - Has visto, muchacho. Yo no quiero volver a las andadas, no quiero ser ladrón; pero estos de uniforme lo obligan.
 - ¡Pague patente!
 - ¡Antes me vuelvo al oficio!
 - Si vuelve, lo dejo. Yo no quiero ser ladrón.
 - ¡Sos un maula! No parece que hubieras mamado leche de la Pancheta.
- Los ponen en distintos calabozos. Pachuli encuentra en el suyo un compañero. Lo recibe alegremente:
- ¡Por fin me traen alguno con quién charlar! exclama el otro, un joven que ostenta una cicatriz en la cara -, ya me estaba aburriendo, hace dos días que estoy solo. ¿Tenés cigarrillos?
 - No fumo.
 - ¡Cha! ¡Si es yeta la mía! ¿Cómo te llamás?

- Jaime Zonino, pero todos me dicen Pachuli.

- ¿Pachuli? ¿Igual que el célebre chorro?

- Mi padre.

- ¿Y tu madre la Pancheta?

- Sí.

- ¡Chocá, hermano! Yo los conocí. Murieron como tigres. Una vez trabajé con tu viejo.

- ¿Trabajaste?

- Sí, asaltamos a un chitrulo. Nos dio cinco mil el negocio.

- ¿Entonces vos? ¿También sos de la cofradía?

- Yo soy el Manchao. ¿No has oído hablar de mí?

- No.

- Raro. Todos los del oficio me conocen. Ahora estoy sin haber hecho nada. Me pescó un tira paseando por el Retiro. ¡Ni pasear lo dejan a uno ahora! ¡Si es yeta la mía!

- ¿Ves? Yo por eso no quiero ser ladrón.

- Sin embargo...

- ¿Qué?

- Tenés cara de poco santo. Y venís de buena raza. ¡Che! Sería triste que fallaras.

- ¿Te parece que me tendrán mucho tiempo aquí?

- ¡No, una noche, y chau! Yo también salgo mañana.

- ¿Y mi tío?

- Al hermano de tu mamá También lo conozco. ¡Ha sido un púa! Tiene prontuario, lo van a tener más tiempo, seguramente, ¿vos vivías con él?

- Sí.

- No vuelvas por su casa.

- ¿Casa? Vieses que rancho de latas y lonas en "Villa Desolación", una villa miseria que está cerca del puerto.

- La conozco. Tengo amigos allá; pero no la llares villa miseria. La gente bien a las villas miseria las llama "barrios de emergencia", es más distinguido aparece un vigilante con la comida -. Aquí nos traen el menú, sin vino. Langosta con mayonesa, caviar a la rusa, pollo a la portuguesa, postres, habanos, café moca. Metele a la tumba, che. No encontrarás muy blanda esa carne. ¿Andás con hambre?

- Siempre tengo hambre.

Salieron juntos a la mañana siguiente.

- ¿Dónde vas a ir?

- No sé. Si vuelvo a la pieza de mi tío...

- Te encanan otra vez, criatura. Venite a vivir conmigo. Yo te voy a encontrar laburo.

- ¿Trabajo, vos? ¿Y de qué trabajás?

- Vení. Te protejo, no por vos que me parecés medio caído del catre sino por la memoria de tus viejos. ¡Qué yunta Pachuli y la Pancheta!

- Ya ves como terminaron. Yo no quiero...

- Sí, ya me lo dijiste. ¿Vos no querés ser ladrón?

- No, Manchao, ¡no quiero ser ladrón!

- ¿Y que vas a ser?

Quiero trabajar.

- ¡Infeliz!

Dos días más tarde, el Manchao le ordena a Pachuli, terminante:

- ¡Vamos!

- ¿Adónde?

- Yo sé.

En una esquina ya es tarde, de noche se encuentran con otro joven.

- ¿Y éste? Pregunta señalando a Pachuli.

- Hijo de Pachuli y la Pancheta.

- ¡Formidable! Exclama el otro, entusiasmado, y lo abraza -, yo soy Maneco.

El Manchao explica a Pachuli:

- ¿Ves ese corralón? Vos te vas a meter por debajo de la puerta. Cabés porque sos flaco y chico. Pasás a la casa de al lado, es una joyería. Saltás la pared que es baja. Y nos abris la puerta. No tiene llaves, sólo pasadores. ¡Andá!

- Pero yo, Manchao... ¡Yo no quiero ser ladrón!

- Vos no vas a robar, los que vamos a robar somos nosotros.

- Pero yo...

Lo empuja. Pachuli se mete por debajo de la puerta del corralón. Al rato la puerta de la joyería se entreabre.

- Yo me quedo de campana dice Maneco.

El Manchao entra a la joyería. Abre vidrieras.

Irrumpe la policía. Varios vigilantes con ametralladoras.

- ¡Maldición! Exclama el Manchao -. ¡Maneco me ha vendido! ¡Canalla!

- Y hace fuego.

- Un vigilante se desploma. Otros responden. El tableteo de las ametralladoras aturde. Cae el Manchao.

Pachuli siente como si le hubiesen dado un golpe en el pecho. Y no recuerda más.

Ahora está en una cama. A su lado un hombre y una mujer vestidos de blanco.

Pachuli balbucea:

- No quiero ser ladrón, no quiero ser ladrón.

Calla.

El médico le toma el pulso. Hace un gesto.

La enfermera le cubre la cara.

PADRE, MADRE, HIJO

El niño ve a Dios en su padre.
Siempre que el padre aparezca a sus ojos, no solamente como una fuerza superior a la suya, sino como una fuerza tutelar y bienhechora."

ENRIQUE JOLI

- ¿Una anécdota de mi vida infantil para su periódico?
- Sí, la que más viva haya quedado en su memoria.
- ¿Me dice que es un periódico para maestros?
- Para maestros y para padres. Se llama "Juan María Gutiérrez", por ser él quien escribiera sobre el origen y desarrollo de la educación en la Argentina.
- Mi interrogado, el dramaturgo Justino Arrey, un hombre de sesenta años, cierra los ojos y murmura:
- Recuerdo, me es penosa esa anécdota. Sin embargo, la prefiero a muchas otras. Porque, ¿quién no posee un racimo de anécdotas de su infancia? En la infancia es cuando a uno le ocurren las cosas más interesantes.
- O que a uno le parecen más interesantes.
- Puede ser; pero en el momento que nos ocurren son importantes para nosotros. Se nos entran, nos hieren ¿Después? Después todo pasa. Recuerdo...- Y Justino Arrey queda otra vez con los ojos cerrados, como si nadara contra la corriente en el río de su vida, hasta llegar a sus horas infantiles.
Lo llamo al presente:
- Hable, lo escucho.
Comienza a hablar, primero lentamente, después animándose:
- Yo tenía trece años. Hijo único, vivía con mis padres en una pequeña casa en Floresta, entonces un arrabal lejano.
Mi padre era mecánico, un hombre fuertísimo, violento, alto y musculoso. Se contaban proezas de él, por haber practicado el boxeo en la adolescencia. Mi madre, en cambio, era pequeña, delicada, dulce. Yo admiraba a mi padre y amaba a mi madre, tan tierna, tan cariñosa, tan preocupada siempre por mis estudios. Era su obsesión. Deseaba que yo estudiara, que aprendiera. Me conseguía los libros; los pedía prestados, pues nuestras posibilidades económicas no eran muchas. Mi padre, en cambio, vivía completamente despreocupado de mí. Yo hubiera podido decirle: "No estudio más", y él se hubiera encogido de hombros. Si a mi madre le hubiera dicho tal cosa, ¡qué tragedia! La casa donde vivíamos era de mi madre, la había heredado. Una pequeña casa con un jardín al frente, dos cuartos, baño y cocina. Nuestra vida era vulgar, gris y estrecha, sin ser miserable. Yo había ingresado al colegio nacional cuando ocurrió lo que voy a narrarle. Con mi madre hablábamos mucho, leíamos obras literarias, las comentábamos. Mi padre leía solamente el diario, las noticias policiales. Si hablaba con nosotros era para referirse a un asalto. Le interesaban particularmente los asaltos de las bandas de pistoleros. Ahora supongo que admiraba a los asaltantes. Nunca logró transmitirme esa admiración, pues a mi madre, romántica, eso le repelía. Mi padre se burlaba de nuestras lecturas, de nuestro sentimentalismo.

- ¡Bah! Decía al vernos con un libro eso es humo. Yo no quiero humo, quiero asado. El humo no se masca. Y se iba al trabajo o al almacén de la esquina, a jugar a los naipes. Ya había cumplido los cincuenta años cuando su vida tuvo un vuelco: empezó a emborracharse. Más de una noche lo vimos entrar haciendo eses y tumbarse vestido en la cama. Su carácter cambió. Siempre fue seco, duro, indiferente. Se tornó violentísimo. Por todo protestaba. Rompía platos, tomaba a puntapiés los muebles. Sus furias eran terribles, porque era fuertísimo. Más de una vez, al entrar yo de la calle, oí que insultaba a mi madre. Mi presencia lo contenía un poco. ¿Por qué había cambiado de esa manera? Con mi madre lo comentábamos sin poder hallar el motivo. Ahora yo lo hallo, entonces, no. Seguramente una mujer, quizás joven, mucho más joven que mi madre, se había atravesado en su vida. Comenzó a escasear todo en casa. Traía poco dinero, mi madre sufría sin protestar. Una noche la encontré llorando. Sorprendida por mí y ante mi insistencia para que me dijese la causa de su llanto, confesó: Mi padre quería que hipotecase la casa. Necesitaba dinero para hacer un negocio que, según él nos sacaría de pobres.

- Sé lo que es eso me explicó mi madre -. Otras veces hemos empeñado muebles o alhajas que heredé de mi abuela. También entonces habló de negocios. Se llevó el dinero y no volvió a hablar del tema. Ahora, si hipotecamos la casa, nos quedaremos sin casa. Esta vez no cederé, ¡no cederé! No nos quedaremos en la calle. Lloré abrazado a ella.

Mi padre comenzó a emborracharse más seguido. Hasta faltó al trabajo. Se tornó más duro, más seco, más hosco. Llegaba, comía en silencio y se iba al almacén. Volvía apestando a vino y se acostaba. Tomó la costumbre de tirarse en un sofá del comedor, se cubría con una frazada y así pasaba la noche.

Una tarde volví del colegio más temprano que de costumbre porque había faltado un profesor. Y aquí viene la anécdota que usted me pide: encontré a mi madre llorando, un ojo color violeta: Era un golpe de mi padre. Este, amenazador, rugía:

- ¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!

Mi madre, no pudiendo aguantar más su silencio, gritó:

- ¡Mirá, me ha pegado! - y señalaba su ojo de color violeta -. Me ha pegado porque me niego a hipotecar la casa. Quiere dinero para tirarlo como ha hecho otras veces. ¡No hipotecaré la casa!

- ¡Te mataré a golpes! Amenazó mi padre, furibundo. Y se le acercó, dispuesto a seguir golpeándola.

En aquel momento me sentí hombre. Di un salto, abrí un cajón en el cual sabía que mi padre guardaba una pistola y la empuñé, decidido:

- ¡Si pasás esa puerta! - lo amenacé apuntándole.

Se detuvo, impresionado. Posiblemente yo tenía una cara terrible porque ese hombre violento, fuertísimo, sintió mi amenaza.

Cerré la puerta y le eché llave.

- No abras le dije a mi madre azorada -. Ya vuelvo.

Y salté por la ventana.

- ¿Adónde vas?

- A la comisaría de la vuelta.

- ¡No, Justino - gritaba mi madre -, a la comisaría, no! Pensá, él es tu padre.

- ¡Y vos mi madre! Respondí.

Eché a correr, Traje a la policía. Lo llevaron. Volvió a la hora, silencioso. No le volvimos a oír la voz. Comía, se iba al trabajo o al almacén y se acostaba. Una tarde apareció con un carro de mudanzas, recogió sus ropas, su cama, un ropero y se fue, siempre en silencio. Nunca más supimos de mi padre. ¿Qué le parece la anécdota? Dice

Justino Arrey - . ¿Cómo no voy a guardarla en mi memoria? ¿Puedo olvidarla, acaso?
Lo miré profundamente un instante.
Le pregunté:
- Y si su padre hubiera pasado la puerta, ¿Usted le hubiese disparado?

LA PLUMA

"Entre todos los crímenes que manchan la vida de los hombres, uno es inexplicable, uno solo: el crimen de hacer sufrir a un niño."

DOSTOIEVSKY

Nazareo entra al escritorio donde su padre está corrigiendo pruebas. Se sienta frente a él y queda callado.

El padre continúa en su tarea. Pasan varios minutos. Nazareo es un niño delgado y pequeño, pálido y de ojos pensativos.

Al fin, el padre levanta la vista y pregunta:

- ¿Necesitás algo?

- Nada.

- ¿Tenés que decirme algo? ¿Por qué estás allí sin hablar?

- No quería interrumpirte. ¿Mucho trabajo?

Tengo que entregar estas pruebas antes de la noche. El trabajo de periodista es así, siempre apresurado.

Y continúa corrigiendo. Siguen pasando los minutos. El chico aguarda, paciente.

El padre levanta la cabeza, satisfecho:

- ¡Ya está! Pero vos no estás aquí por estar. Te conozco, muchacho. Vos tenés algo para decirme, y algo serio. ¿Sí?

- Sí, papá.

- Hablá.

Nazareo parpadea, traga saliva y habla:

- Voy a decirte algo que te va a asombrar - calla, espera.

- ¡Qué introducción! - exclama el padre y, bromista: ¿A que vas a decirme que estás enamorado?

- No, papá.

- Si no es eso, nada me asombrará entonces.

- Voy a decirte algo más grave.

- ¿Estás enfermo?

- No, papá. Voy a decirte...

Nazareo vuelve a callar. Duda, y queda en una pausa de puntos suspensivos.

El padre lo ayuda, sonriente:

- ¡Largá el rollo, muchacho!

- Voy a decirte que no quiero ir más al colegio...

- ¿Cómo? ¿Querés dejar los estudios en sexto grado?

- No papá. Quisiera no ir más al colegio que voy ahora; quisiera ir a otro.

- ¿No ir más al Instituto Vieytes? ¿Pero no estabas tan contento con tu maestro Tulio Montes, el autor de "Mármoles Pentélicos?"

- Sí, papá, hasta ayer estaba contento con él...

- Lo admirabas por ser poeta, como vos.

-Yo no soy poeta.

- No lo sos... todavía, pero estoy seguro, ¡lo serás!... Por otra parte, estoy seguro que,

perdido entre las hojas de tus cuadernos, han de andar algunos versos tuyos, hijo. Nosotros, los que nos tuteamos con la pluma o, si querés, con la máquina de escribir, olemos al colega a muchos kilómetros de distancia. ¡Bien! ¿Por qué no estás contento ni admirás al autor de "Mármoles Pentélicos?"

- ¿Decís burlonamente "Mármoles Pentélicos?"

- Quizás... ¿A quién se le ocurre poner ese título a un libro, aunque sea de malos versos?

- ¿Son malos?

- Sí, hijo. Son cursis. No te lo dije por no robarte la ilusión, pues robar la ilusión es el crimen más espantoso; pero ahora que vos me decís: "No admiro más a Tulio Montes, no estoy contento con él", te lo digo. ¿No querés ir más al Instituto Vieytes porque los versos de tu maestro te parecen malos?

- No es por eso, papá.

- Contá. Te escucho con curiosidad. ¡Con mucha curiosidad!

El padre se estira en su sillón y hunde la mirada en su hijo. Este carraspea y rompe a hablar. Al principio tímidamente y después se anima:

- Me ha ocurrido una cosa que te parecerá simple, sin importancia...

Se detiene. El padre piensa: nada de lo que le ocurre a un niño inteligente y sensible es simple y sin importancia, pero continúa callado y el chico prosigue:

- Hoy, al comenzar la clase, como todos los días, me di cuenta que tenía la pluma rota. Le dije al maestro: Señor Montes, se me rompió la pluma... -Te presto una - me dijo él. Sacó una pluma de su cajón, y escribí. Al terminar la clase fui a devolvérsela. Me dijo: No, no... Yo creí que él no quería aceptármela, que me la regalaba, al fin el costo de una pluma es insignificante, pero no era eso. Él agregó: Traeme una nueva. Me chocó que me dijera eso, sí, me chocó. Me pareció miserable. No dije nada, por supuesto. A la tarde volví, llevándole una pluma nueva. Compré en la librería una de la misma marca. Al dársela, la observó, la dio vueltas y al fin me dijo esto, que es una vergüenza repetirlo...

Nazareo calla, el padre lo anima:

- Hablá, me interesa lo que vas a decir.

- ¿Te interesa, sí?

-¡Mucho!

El padre dice esto con tal convicción que el chico prosigue:

-¿ Sabés que me dijo? Me dijo: ¿No me trae la misma pluma lavada? Fui a mi banco, saqué la pluma que él me había dado, aún tenía un rastro de tinta. Se la mostré. ¡Ah, sí!, Dijo él satisfecho. Y continuó la clase. Te aseguro, papá, que yo estaba que no sabía dónde estaba. Me pareció que desde ese momento Tulio Montes ya no era Tulio Montes, me parecía otro. ¿Creía él que yo era capaz de engañarlo? Además, él, ¡un poeta!, ¿Se fijaba en el valor de una pluma?... Me llamó a dar la lección de historia argentina, las invasiones inglesas, que yo sabía muy bien porque la estudié en la historia de Belgrano por Mitre. Sabés lo que le respondí: No sé la lección.

- ¿Y él que dijo?

- Dijo: ¡Qué raro! Usted, el mejor de la clase en historia, ¿no estudió?

- No - le dije... Padre, con ese maestro ya no podría estudiar ninguna lección, me gustaría no verlo más. ¿Qué decís, papá? Vos pensarás: por una insignificancia así, no vale hacerse tanta mala sangre. Porque te aseguro, estoy como si estuviera enfermo, hasta me parece que salí con fiebre del instituto... ¿Qué decís?

El padre, muy serio, responde:

- Tu asunto no es nada insignificante, hijo. Te acaba de ocurrir una cosa terrible: Habías levantado sobre un alto pedestal de admiración y cariño a Tulio Montes, el autor de ese ridículo "Mármoles Pentélicos". Lo mirabas y lo veías de mármol. Se te cayó del

pedestal, y ahora que lo ves en el suelo te das cuenta de esto: es de barro. Eso te ocurrirá muchas veces, pobre hijo poeta, esto que te acaba de ocurrir. Mañana te llevaré a otro colegio.

- ¡Ah, que suerte, papá! ¿Entonces me das la razón a mí?

- Volvé a leer ese "Mármoles Pentélicos". Ya verás como ahora no te parece tan bueno como antes.

- ¿Leerlo? ¿Sabés lo que hice? Hoy, al llegar a casa, lo rompí, lo rompí y lo quemé.

El padre, sonriendo:

- Ah, muchacho, que volcán se esconde en tu pecho de futuro poeta. ¡Y cómo vas a sufrir en la vida! Contale a tu abuela lo que te ha ocurrido. Va a llorar por todo lo que vos no has llorado.

- ¿Quién te dijo que no he llorado, papá? Hoy, después que rompí y quemé el libro, me encerré a llorar en mi cuarto. Lloré como el día que murió mamá...

- ¿Tanto?

- No, tanto no... Casi tanto.

ENIGMA

"Es muy difícil saber lo que sucede en el cerebro de un niño."

BERNANOS

Haroldo y Guido cursan el sexto grado. Son muy amigos. Se sientan uno junto al otro. Son hinchas del mismo club de fútbol "Estrella del Sur". Admiran al mismo boxeador, Aquiles Ganerro, un liviano lleno de picardía a quién por su vivacidad lo apodan "Le loup", el Lobo. La amistad nació en ellos frente al ring, en una pelea en que Ganerro, ganó pero que los jueces declararon empate. Haroldo y Guido se hermanaron en la misma protesta: ¡Tongo, tongo, tongo!... Enronquecieron gritando: ¡Tongo, tongo, tongo!

Y salieron amigos. Eso ocurrió en el mes de diciembre. En marzo quiso la casualidad que se vieran de nuevo, alumnos de la misma clase. Sin decírselo se sentaron uno junto al otro, instintivamente llevados por su mutua simpatía, y comenzaron a hablar: fútbol y boxeo.

El rubio Haroldo es alto, corpulento y decidido. Sus disidencias las compone con el puño y gritando.

El moreno Guido es pequeño, flacucho y ágil. Arregla sus desacuerdos con burlas, con sonrisas Haroldo es tenaz, estudia ahincadamente. Desea terminar el curso de este año como los anteriores, siendo el primero de la clase. A Guido, agudo, inteligente, curioso, no le preocupa eso. Estudia como para conformar al maestro, y basta. Quizás, si pusiese el ahínco de Haroldo, éste tendría en él su rival para el primer puesto.

Guido se lo deja. Por el contrario, siendo él gran lector, en las lecciones de historia o instrucción cívica, más de una vez le ha proporcionado detalles que Haroldo empleó para deslumbrar a los demás alumnos y, no pocas veces, al propio maestro.

- Tomá, lee este libro. Aquí vas a encontrar cosas sobre las Invasiones Inglesas que no están en el texto. Sacá apuntes. Aprendételes de memoria y mañana te lucís en clase.

- ¿Y por qué no los guardás para vos?

- Mucho trabajo eso de aprender las lecciones con tantos detalles.

La historia es el fuerte de Guido. En su casa, por otra parte, en la biblioteca de un tío escritor, encuentra libros valiosos. Los lee por leer, por placer.

Haroldo es el "Tigre de las Matemáticas", como lo llama el maestro. No hay problema que él no sea capaz de resolver. Y por su cuenta, solo, llevado por la intuición, ya se ha introducido en los campos del álgebra. Haroldo siempre dice:

- Yo voy a ser ingeniero.

- ¿Yo? - se pregunta Guido, y se responde:

- No sé. Mi padre dice que yo no voy a ser nada en la vida. Dice que voy a ser como mi tío. Ya ves, mi tío que es tan inteligente y que sabe tanto, no es nada. Estudió de abogado y dejó, estudió filosofía y dejó. Ahora escribe libros, libros de versos que no publica porque los editores no quieren versos. No se venden.

- Y si tenés el ejemplo, el mal ejemplo de tu tío, ¿por qué no seguís el buen ejemplo de tu padre? pregunta el lógico Haroldo.

- ¿Yo, ser comerciante? ¿Pararme detrás de un mostrador, como si fuese una trinchera, a esperar compradores? ¡Jamás! ¿Qué desea, señora? Lleve esta puntilla. ¡No!

- Tu padre se ha hecho rico.
 - ¡Bah! ¡Lo que me importa la guita a mí! A mí me importa el dinero para gastarlo, y chau!
 - Sí. Pero si querés gastar dinero, antes tenés que ganarlo.
 - Puedo también ganarme la lotería.
 - ¿Y con qué dinero vas a comprar billetes de lotería?
 - Che, me cargás con tanta pregunta. No parecés un muchacho, parecés un viejo. ¿Cómo vas a hablar cuando seas un pelado si ahora que tenés todo el pelo hablás así?
- Y se aparta riendo.

Ahora están uno junto al otro con una página en blanco por delante. Es preciso llenarla de números. El maestro ha escrito un problema en el pizarrón. Hay que resolverlo, Es un problema difícil, ¡muy difícil! ha dicho el maestro. Tienen media hora. La solución es 112.

Haroldo "El Tigre de las Matemáticas", comprende que esas palabras son un desafío para él, sobretodo. Siente el golpe en su orgullo. Se acoda sobre el papel, lee, releo el problema.

De pronto comienza a escribir, seguro. Los demás compañeros se debaten. Algunos escriben, borran. Dejan de escribir, piensan la solución. De sus plumas no brota. Guido se halla entre éstos: mira a su alrededor: ya han renunciado a resolver el difícil "¡Muy difícil!" problema. En todos los demás ve su incertidumbre, su afán, su angustia.

Solamente Haroldo escribe, seguro.

Los demás continúan debatiéndose. No pocos ya han renunciado. Haroldo termina y da vuelta la hoja.

- ¿Terminaste? le pregunta, por lo bajo, Guido.

Haroldo asiente con la cabeza.

- ¿Te dio ciento doce?

Haroldo vuelve a asentir con la cabeza, sin palabras.

- Dejame copiar le susurra Guido.

Haroldo, por toda respuesta, se levanta y lleva su hoja al maestro. Este revisa lo escrito y dice:

- ¡Muy bien! ¡Exacto! ¿Terminó algún otro? ¿Nadie? Ya es la media hora.

Haroldo, "el tigre de las matemáticas", ha sabido responder cumplidamente a su apodo. Es el único de los treinta y siete alumnos que ha resuelto el problema. Sonríe, satisfecho.

- Pase al pizarrón y resuélvalo para que los demás lo copien. Ya en el recreo, Guido se le acerca:

- ¿Por qué no me dejaste copiar? Haroldo no responde -. Ya sé: ¿querías ser el único que resolvía el problema?

- Sí.

- No me hables más. Hemos dejado de ser amigos.

- Bueno.

Pasan días, semanas, meses. Haroldo y Guido, sentados uno junto a otro, se ignoran. No se hablan.

Alguien, un compañero oficioso, interviene:

- ¿Por qué no se amigan?

- Por mi parte - responde Haroldo - no tengo nada contra Guido. Pero Guido contesta al oficioso, patéticamente:

- ¡No le hablaré nunca más en mi vida! ¡Y si muere, no iré a su entierro!

Continúan no hablándose, aun sin mirarse siquiera.

Pero Haroldo deja de asistir a clase varios días. Al fin se sabe la causa: está muy enfermo.

- ¡Qué fatalidad! - comenta el maestro -, un alumno excelente, uno de los mejores alumnos que yo recuerde haber tenido.

- ¿Y puede morir? Pregunta Guido.

- No sé, los médicos dan pocas esperanzas.

Guido decide ir a visitarlo. Todo su rencor desaparece ante la posibilidad de que Haroldo pueda morir. Pasan días. Duda. Combate su sensibilidad con su orgullo. Él es quién se ha enojado. Además, el acto de Haroldo aún le duele. Lo considera un gran egoísmo, algo inconcebible para él.

Siguen pasando los días. Guido no deja de informarse con el maestro:

- ¿Cómo sigue Haroldo?

- Mal, mal.

- Guido queda cabizbajo. Piensa. Triunfa al fin su sensibilidad. Y va a verlo. Lo halla en cama, flaco hasta casi desconocerlo. Haroldo le sonríe. Guido le toma la mano, se la aprieta efusivamente. Y le habla, le da noticias de la clase, de los compañeros, de cómo se interesan porque sane pronto y vuelva. Haroldo siempre sonríe, feliz de tenerlo allí, junto a él, como antes. Alegre de haber rehecho su amistad. Cuando Guido se despide, le habla con voz débil, casi un ruego:

- Volvé.

- Sí.

Pasan unos días. Guido no vuelve. El maestro, al fin, regocijadamente, les da la buena noticia:

- Haroldo está mejor. Los médicos aseguran que sanará. Guido vuelve a quedar cabizbajo. Piensa. Vuelven a luchar en él pasiones encontradas. No puede olvidar aquel acto de egoísmo y soberbia de Haroldo. No dejarlo copiar a él, su amigo, sólo porque anhelaba ser el único de la clase que iba a resolver el problema.

Una mañana aparece Haroldo en el colegio. Todos lo reciben jubilosamente. El maestro lo abraza. Guido permanece en su asiento, inclinado sobre un libro como si nada ocurriera. Haroldo se sienta a su lado, lo mira. Guido, ajeno a él, con los ojos puestos en el pizarrón, no lo mira. Haroldo duda, pero se decide: Garabatea unos renglones y se los pasa:

- ¿Por qué no me hablás?

- Guido lee el papel, lo rompe y queda en silencio con la vista al frente.

Al salir a la calle Guido percibe que Haroldo va detrás de él. Desea hablarle seguramente. Se apresura. Haroldo lo llama:

- ¡Guido!

Se detiene.

- ¿Qué?

- Vos me visitaste. ¿No habíamos vuelto a ser amigos?

- ¡Hiciste mal en no morirme! Responde brutalmente Guido.

Y se aleja.

JUSTICIA

"Nada puede compararse al recuerdo amargo y luminoso que todo hombre conserva del paraíso perdido de la infancia."

VEIDLE

Juan Lay y Aristóbulo Manrique Alfi Cerrero son alumnos de quinto grado en el "Instituto Eduardo Wilde". Están jugando a las figuras durante el recreo. Uno gana y el otro pierde. Y el que pierde, no importa cuál, grita, iracundo:

- ¡Sos un tramposo! ¡Devolveme las figuras que me ganaste con trampas!

Y ya alarga el manotón para apoderarse de todas, de las que eran de él y de las del otro. Lo que su poca habilidad o su mala suerte le hizo perder, intenta recuperarlo con la fuerza. El otro, naturalmente, se resiste:

- ¡No te devuelvo nada, te las gané!

Puñados de figuras se esparcen por el suelo y ellos se anudan a golpes, rodeados por la expectativa regocijada de un grupo que los alienta y azuza:

- ¡Dale, dale! ¡Duro!

- ¡Metete a la buseca! ¡Bien!

Dos manos aprisionan del cuello a uno y otro de los contendientes. Son las manos del maestro que los separa.

- ¡A clase los dos, por peleadores!

Aristóbulo Manrique Alfi Cerrero recoge las figuras que constituían su ganancia, y se deja conducir.

Ya en la clase, la sentencia:

- ¡Por pelear van a escribir cien veces sus nombres; pero con letra caligráfica! ¡Cien veces!

Juan Lay protesta:

- ¡El me pegó primero!

- ¡Escriba y calle!

Los dos, despaciosamente, sacan los cuadernos, las estilográficas y, mirándose de reojo, rezongando ininteligiblemente amenazas furibundas, se agachan, escriben:

- Juan Lay, Juan Lay, Juan Lay...

- Aristóbulo Manrique Alfi Cerrero, Aristóbulo...

Pero mientras Juan Lay continúa escribiendo, Aristóbulo Manrique Alfi Cerrero se detiene. Reflexiona, mira al otro que plumea, deseoso de terminar seguramente lo antes posible, y habla:

- ¡Esto no es justo!

- ¿Qué no es justo? - pregunta el maestro.

- No es justo que tengamos distinta penitencia.
- ¿Cómo distinta? Usted escribe cien veces su nombre y apellido y él también escribe cien veces su nombre y apellido.
- Sí, porque él se llama Juan Lay y yo me llamo Aristóbulo Manrique Alfi Cerrero. Mi nombre y apellido son mucho más largos. Mientras él ha escrito ya varios, yo he escrito sólo uno.

El maestro dubita. No le falta razón al protestante, piensa; pero no cede:

- ¿Y quién le manda a usted tener dos nombres y dos apellidos?
- Yo no me los puse. Me los pusieron los nombres y apellidos.
- ¿Sabe lo que le ocurrió a un portugués que tenía varios nombres y apellidos? Pues, le ocurrió que una noche de frío y de lluvia, tarde ya, más de las doce, llegó a la puerta de una posada. Después de llamar repetidas veces, por un ventanuco, desde arriba, se oyó al dueño de la posada:

- ¿Quién es?
- Juan José Cristóbal Souza de Moraes da Fonseca Pardiño - respondió el portugués.
- ¿Qué quieren?
- Dormir.
- Son muchos. Sólo queda una habitación - fue la respuesta del posadero, y cerró el ventanuco.

Había tomado por muchos al que era uno solo. Y así el portugués se quedó en la calle a sufrir la lluvia y el viento por tener muchos nombres. Igual le ocurre a usted ahora. Si se llamase José Salas, como yo, o Juan Lay, como su condiscípulo, ya habría escrito veinte veces su nombre...

- ¡Señor! - dice Juan Lay, y levanta la mano porque desea intervenir seguramente.
- ¿Qué quiere usted ahora?
- Quiero decirle que yo creo que él tiene razón.
- ¡Ah! ¿Con que usted encuentra razón a su enemigo de hace un momento?
- ¿Y si los dos nos hemos peleado, por qué él va a escribir más que yo? Haga que él y yo escribamos lo mismo.
- ¿Qué, por ejemplo?
- Por ejemplo, podríamos escribir cien veces "no pelear".
- O "no, no, no, no, no" - interviene Aristóbulo Manrique Alfi Cerrero.

Hay una pausa. El maestro sonríe.

- ¡Váyanse! - resuelve - Vayan a la calle, salgan juntos, y si tienen ganas de seguir peleando, ¡peleen! Que intervenga un vigilante y los lleve presos. Van a ver lo que es un calabozo.

Los dos muchachos ya están de pie con sus útiles prontos para la partida.

- Hasta mañana.
- Hasta mañana.

Salen juntos. No bien pisan la vereda, Aristóbulo saca las figuras, las cuenta, dice:

- Yo tenía sesenta y siete, ahora tengo ochenta y cinco; te había ganado diez y ocho. Tomalas. Son tuyas.
- Y se las entrega.

EL FLORERO ROTO

"Es un potro la juventud. Con un cabezón duro se precipita, y fácilmente se deja gobernar con un bocado blando."

SAAVEDRA FAJARDO

Comiendo alrededor de la mesa están la madre, la abuela y Roxana de siete años. La madre sirvió dulce de leche para ella y la abuela. Roxana las mira comer la primera cucharada, la segunda. Queda un momento en silencio.

Y dice:

- Mamá, quiero dulce.

La madre:

- Ya te dije que por no querer tomar la sopa, no tendrás dulce. Siguen comiendo.

Roxana las contempla. La abuela se vuelve a servir. Roxana comienza a hablar:

- Hoy en clase la maestra se puso furiosa con una chica... la madre la interrumpe. Se dirige a la abuela:

- Ah, me olvidaba contarte...

Roxana protesta:

- Yo estaba hablando.

- ¡Ahora hablo yo! Grita la madre Cuando los mayores hablan, los chicos deben callarse.

- Yo estaba hablando primero sigue protestando Roxana.

- ¡Silencio, pues! La abuela es quien grita ahora, y se dirige a la madre -: ¿Qué te habías olvidado de contarme?

La madre habla. Es un largo asunto de familia. La abuela escucha atentamente.

Comentan. Roxana escucha. Cuando ellas callan, después de un extenso diálogo, la chica insiste:

- ¿No querés oír, mamá lo que yo iba a contarte de la maestra?

- La abuela interrumpe:

- ¡No!

Roxana se pone de pie, pálida de ira:

- ¿No?

- ¡No! ¡No! responden las dos mujeres.

- Roxana agarra con furia un florero que está sobre el aparador y lo estrella contra el piso. Después echa a correr, a ponerse a salvo.

La madre y la abuela gritan, amenazan. Dos volcanes irrumpen:

- ¡Vas a ver cuando venga tu padre!

- ¡Te va a dar unos buenos azotes!

Se lamentan largamente. Los epítetos malsonantes zumban.

- ¡Vení para acá!

- ¡No!

- ¡Chica maleducada!

- ¡Debés darle ya mismo una buena paliza! Opina la abuela.

- Dejá, después.

La madre es una mujer apática, gorda, que no se inmuta. La abuela, flaca, imperativa, es

quien se extiende en largas consideraciones sobre la manera de educar a los hijos rebeldes

- A los chicos hay que tratarlos con rigor. Unas buenas cachetadas de cuando en cuando los ponen en vereda. ¡Así los eduqué yo a ustedes! Esa chica te va a dar muchos dolores de cabeza. Sin rigor no se puede criar hijos.

- Dejo el rigor para el padre.

- Sos muy tranquila reprocha la abuela. A este paso, en lugar de castigarla vos a ella, te va a castigar a vos. No es así como educábamos en mi tiempo. Dejando toda la autoridad del padre. Así se ríe de vos.

- ¡Yo no me río! grita Roxana.

- ¿Te atrevés a contradecirme? grita más fuerte la abuela.

- ¡Aquí está tu padre, ahora sí! amenaza la madre.

Las dos mujeres se precipitan sobre el padre que acaba de aparecer en la puerta. Y las dos hablan atropelladamente, le cuentan.

- ¿Qué ocurre? pregunta él no entiendo nada, no hablen las dos.

La abuela, más decidida, toma la palabra. Explica. El padre escucha sin arrebatarse mucho. Se quita el saco. Se sienta. Viene de trabajar, cansado, de dictar clase a cincuenta chicos.

- Vení, Roxana - la chica se acerca -. ¿Por qué rompiste el florero?

- Yo quería contar lo que pasó en clase y ellas no me hacían caso responde Roxana - Además, no me dieron dulce.

- ¡No le di dulce porque no quiso tomar la sopa!

- No me gusta la sopa de fideos.

- ¡Tenés que tomarla!

- ¡No!

- ¡Sí!

- ¡Basta! interviene el padre.

- Debés darle diez azotes por haber roto el florero ordena la madre - Aquí tenés una regla, ¡dáselos!

- ¿Diez azotes? ¡Cien le daba yo! - opina la abuela.

- Yo rompí un florero, pero mamá ayer rompió el otro.

- Lo rompí sin querer, al cambiarle el agua. ¡Vos lo rompiste adrede!

- Bueno - habla el padre -. Si ella merece diez azotes por haber roto el florero adrede, vos merecés cinco por descuidada. bromea el padre a quien este drama minúsculo no perturba excesivamente.

La abuela rezonga:

- ¡Qué modo de educar a los hijos tienen los padres de hoy! ¿Esto es educación? ¡Ja! Simula reír, sarcástica.-

- ¡Y eso que es maestro! subraya la madre.

- Dame la sopa dice el padre - ¿Querés tomar la sopa conmigo, Roxana?

- Sí, papá. ¿Y me vas a dar dulce?

- Si tomás la sopa como te dijo tu mamá, te voy a dar dulce.

- La voy a tomar toda, papá.

- Traé dos platos. Sentate, Roxana.

- Yo no eduqué así a mis hijos continúa protestando la abuela.

El padre, sonriendo:

- Ya ve señora. Su hija no está muy bien educada. Rompió un florero.

La abuela sale furibunda.

Roxana:

- ¿Te cuento lo que sucedió hoy en clase, papá?

- Sí hija, como no. Me interesa mucho.

SEGUNDA PARTE

ANGELES DESPLUMADOS

"Cualquiera que recibiese a este niño en mi nombre, a mí recibe."

JESUS

- ¡Una cartera! – Grita Yetón, se precipita sobre ella y sale corriendo -, ¡Vení, Bombo!
Bombo se lanza a correr tras de su hermano, a todo lo que le permite su carnudo traste, motivo de su nombre.

Yetón ya ha doblado la esquina. Bombo llega hipante:

- ¿Qué pasa, qué pasa?

- Fijate a ver si viene alguien, a ver si no me han visto.

Bombo se asoma cautelosamente.

- No hay nadie, ¿Qué pasa, qué pasa?

- ¡Una cartera! ¡Me encontré una cartera! – y la enarbola, triunfante - ¡Oh, mirá cuánto dinero, vení!

Corre a un zaguán y comienza a contarlos. Diez, veinte, treinta... todos papeles de diez pesos, sí, pero hay muchos, ¡muchos! – sigue contando.

Dice:

- Cien, ciento diez, ciento veinte...

Y Bombo repite:

- Cien, ciento diez, ciento veinte...

Terminan de contar.

-¡Son quinientos veinte pesos! ¿Te das cuenta? ¡Quinientos veinte pesos!

- ¡Quinientos veinte pesos! – repite Bombo, temblorosa la voz.

Sus pupilas se abren desmesuradamente.

¡Es mucha plata quinientos veinte pesos!

-¡Mucha plata! – repite Bombo.

- ¡Y son míos!

- Algo me vas a dar...

- ¡Claro, pues!

-¿Quién habrá perdido esa cartera!

- No sé. Quien la perdió, ¡mala suerte para él! ¡Y suerte para mí!

- ¡Ahora sí se te acabó la yeta, ¡Yetón!

Yetón, según sus familiares, es un muchacho con mala suerte, con yeta. Tanto se lo repitieron, que él mismo admite con toda naturalidad su alias de Yetón. No estudia y el maestro lo reta. Yetón sale diciendo: ¡Soy un yeta! Se atraca de bizcochos y le duele la barriga. Yetón dice:

- ¡Soy un yeta!

- ¿Te acordás – dice a su hermano – de aquella mujer que estuvo en casa tirándonos las cartas a todos? Ella me dijo que después de los doce años mi yeta se iba a cambiar en suerte. ¡Se cumplió!

- ¡Se cumplió, sí, se te acabó la yeta! Ahora en vez de Yetón habrá que llamarte Suertón... ¿Y qué vamos a hacer con esos quinientos veinte pesos?

- ¿Cómo qué vamos a hacer? Los quinientos pesos son míos, yo los encontré.

- Sí, pero vos dijiste que algo me ibas a dar a mí.

- Sí, te voy a dar algo.

- Porque si no me das...

La frase queda, amenazadora, flotando en el aire. Bombo ya se ve cómplice, ya exige.

- Si no te doy, ¿qué?

- Le digo a mamá, a papá, a todos. Y te van a quitar los quinientos veinte pesos.

- Te voy a dar cien pesos. Diez pesos por año de vida. Tenés diez años, cien pesos.

- ¡Qué lástima no tener veinte años! Bueno, dame los cien.

- Esperá, hay tiempo. ¿Viste cómo encontré la cartera?

- No.

- Yo venía pateando una caja de fósforos vacía, de pronto veo una cosa negra. La iba a patear. Pero no. Me dí cuenta enseguida lo que era eso. No la patié, ¡la recogí! ¡Y aquí está! ¡Quinientos pesos, Bombo!

- Dame los cien míos.

- Ya va, hay tiempo.

Desde que tengo cien pesos míos se me despertaron las ganas de comer pan dulce. Voy a comprarme un pan dulce.

- ¿Y te lo vas a comer todo?

- te voy a convidar.

- Entre los dos no vamos a poder comerlo todo.

- Lo llevo a casa.

- Te van a decir: ¿de dónde sacaste la plata?

- ¡Es verdad! ¿Qué hacemos? ¿Vos qué vas a comprar con tus cuatrocientos veinte pesos?

- ¿Yo? ¡Una pelota de fútbol!

- Te va a sobrar.

- Botines de fútbol.

-No te va a alcanzar.

Con la cartera en el bolsillo y charlando, se han ido acercando a la puerta de la panadería donde encontró la cartera.

- Mirá aquella vieja cómo busca. ¿Será la dueña, acaso?

- Parece que sí.

- Y la rodea gente...

- A ver, vení, vamos a ver...

- Tené cuidado, te pueden quitar la cartera. Dame mis cien pesos antes.

- Vení, no tengas miedo.

Se acercan. Una vieja llorosa busca por todos los rincones. Murmura:

- ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! Son mis ahorros. Quinientos veinte pesos que yo tenía guardados desde hace meses. Los saqué para comprar los remedios en la farmacia; uno de mis nietos está en cama y con fiebre. ¿Qué hago? Mi nieto quedará sin remedios. Estoy segura que perdí la cartera al salir de la panadería. Metí la mano en el bolsillo para dejar el vuelto. ¿Ven? Aquí está el vuelto. Son tres pesos. Al sacar la mano, seguramente se me cayó la cartera. ¡Aquí se me cayó! ¡Y no está!

- Alguien la ha encontrado – dice una mujer.

- Cuando llegué a la farmacia, voy a sacar la cartera, no estaba. Volví. ¡Nada! No está aquí tampoco...

Llora desesperadamente. El grupo de curiosos aumenta.

Yetón consulta con Bombo:

- ¿Qué te parece?

- Devolvésela.

- Señora – Yetón se aproxima – yo encontré su cartera, aquí la tiene.

- ¡Oh! – exclama la vieja, y se precipita a tomarla -. ¡Gracias, muchacho! Sos un ángel, un ángel. Tomá cincuenta pesos.

- No quiero nada.

El grupo de curiosos aumenta. Algunos felicitan a Yetón. Otros aplauden. La vieja, entre llorosa y riendo, lo abraza. No cesa de agradecerle:

- ¡Muchas gracias, muchacho! Es para los medicamentos de mi nieto. Tiene fiebre.

¡Gracias, ángel!

- ¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué aplauden?

Quien pregunta es un joven morocho, de grandes y brillantes ojos y amplia sonrisa que se abre paso hasta ubicarse en primera fila y junto a la vieja, Yetón y Bombo. Lo enteran de lo ocurrido.

- ¡Muy bien! – dice el joven - ¡Muy bien, chico! – y lo palmorea - ¡pero esta acción hay que premiarla! ¿Qué les parece? Inicio una suscripción. Aquí van trescientos pesos.

Un joven pone cincuenta pesos, una mujer diez, otra billetes de a uno... Un viejo echa un papel de diez pesos y un puñado de monedas. Cuando ya no caen más dádivas, el joven morocho dice:

- ¡Contemos!

Todos se asoman, repiten en alta voz las cifras que él va cantando.

- Doscientos, doscientos cincuenta, cuatrocientos, quinientos ochenta... seiscientos treinta pesos con ochenta centavos. Tomá, muchacho. ¿Ves? Saliste ganando, tenés ciento diez con ochenta más de lo que hallaste en la cartera...

- Y la satisfacción moral! – dice una mujer.

- ¡Eso! – interviene otra -. La satisfacción moral de haber cometido una buena acción.

- ¡Y de haber recibido el premio a su honradez! – termina el viejo que dio los diez pesos y monedas.

Yetón guarda el dinero en el bolsillo. Está tembloroso, emocionado, no sabe qué le ocurre.

- Tomá – le dice el joven morocho -. Tomá mi tarjeta. Aquí está mi dirección, andá a verme. Me llamo Antón Juárez Ferro.

- Sí, señor.

Y guarda la tarjeta. Antón Juárez Ferro se retira. El grupo se va desgranando. La vieja ha dejado de llorar y sigue su camino. Yetón y Bombo, solos otra vez, se miran asombrados de lo que acaba de ocurrir.

- ¿Qué te parece, Bombo?

- ¡Se te acabó la yeta, ahora sos Suertón.

- ¡Se me acabó la yeta! ¡Seiscientos treinta pesos!

LA CONCIENCIA Y VEINTE PESOS

"Niño: Eres una hermosa página en borrador, hay que pasarte en limpio."

JUAN GUILJARRO

Aquilino se sienta en la cama al oír el despertador y se pone a pensar en Violeta. Lave linda, frágil, sonriente. Cierra los ojos para verla mejor todavía. Con las manos en la nuca, oyendo el chillar del despertador, se gratifica en ver la figura de Violeta. Es su primer amor, pues Aquilino tiene apenas quince años, unos meses más que Violeta. Dentro de una semana – se dice – Violeta cumple los quince. Debo regalarle algo. Le regalaré un gran ramo de violetas. Ayer vi que el vendedor de flores de la esquina... Sí, pero un gran ramo de violetas cuesta veinte pesos. ¿Y de dónde sacaré yo veinte pesos? - ¡Aquilino! – Oye la voz agria de la tía - ¿No oíste el despertador? ¿O pensás que te voy a llevar el desayuno a la cama? ¡Levántate!

Aquilino da un salto y comienza a vestirse. Sigue pensando en Violeta: ¿Dónde encontrar los veinte pesos? ¿Pedírselos a mi tía? ¡Ni soñarlo! La tía, avara como es, no me va a dar veinte pesos. ¿Robarle algo y venderlo? No me gusta. ¿Qué hacer?

- ¡Aquilino, vamos! – oye a la tía.

- ¡Voy, voy!

Y continúa pensando en Violeta.

- ¿Y si vendo uno de mis libros de texto? Puedo vender la geografía. Tiene mapas, me darán más que por los otros libros. ¿Y si vendo mis zapatos nuevos?

- ¡Aquilino!

- Voy, tía.

Aquilino es huérfano. La tía, hermana del padre, lo ha recogido pero le hace pagar con rezongos su hospitalidad. La tía es vieja y agria. El reumatismo la martiriza, la pone de mal humor. No es pobre, tiene casas de renta, pero ama el dinero. Goza economizando, su único goce es ir a depositar dinero en la caja de ahorro.

- ¿A esta mujer voy a pedirle veinte pesos para comprar violetas? – reflexiona Aquilino.

- ¿Aquilino! ¿Qué te pasa? ¿Por qué no venís? A ver si llegás tarde al colegio, como ayer.

- ¡Ya voy, tía, ya voy!

Toma la leche en dos sorbos, se mete el pan en un bolsillo y sale a la disparada a fin de no oír las recriminaciones de su tía:

- Sos un haragán, como tu padre. Sos un bohemio, como tu padre...

Ya afuera, libre de la voz agria de la tía, Aquilino vuelve a pensar en Violeta, en el regalo que quiere hacer a Violeta, en los veinte pesos que cuesta el ramo de flores. Y de pronto se ilumina:

- ¡Ya está! Ya encontré el modo de conseguir veinte pesos.

Recuerda que a la almacenera un perro le mató el gato y ella quiere comprar otro. Lo necesita en su almacén poblado de lauchas. También recuerda que el librero al que le compra sus útiles tiene un hermoso gato inútil, un gato que siempre está durmiendo sobre el mostrador. En la librería no hay lauchas.

- Le robaré el gato al librero y se lo venderé a la almacenera - se dice – el librero no necesita un gato.

Y esa misma tarde pone en práctica su plan: Le roba el gato al librero y se lo lleva a la almacenadora.

- Señora, ¿qué le parece este gato? ¿Le gusta?

- Sí.

- Es precioso. Se llama Pancho. Se lo vendo.

- ¿Cuánto querés?

- Veinte pesos.

- No, es mucho. Te doy cinco.

- ¿Nada más? Si no me da veinte pesos se queda sin gato. Este gato vale cien o doscientos.

La almacenadora no puede hacer un negocio sin regatear, pero al fin cede y le da los veinte pesos. Bien sabe ella que ese hermoso animal de largo y sedoso pelaje cuesta mucho más de veinte pesos.

Aquilino esconde el dinero, y a la semana, el día que Violeta cumple los quince años, la sorprende con un ramo de flores.

- ¡Oh, qué hermosas violetas! – exclama ella.

- Como te llamás Violeta pensé que debía regalarte violetas.

- ¿Y de dónde sacaste la plata para comprarlas?

- ¡Asalté un banco! Me hice pistolero por vos. ¿Qué te parece?

Rien, dichosos.

Pero una mañana, pasando por la librería, Aquilino ve un cartel que dice: “Se ha perdido un gato. Es un gato de Angora color gris que responde al nombre de Pancho. Se gratificará a quien lo encuentre y lo devuelva”.

Sin saber por qué lo hace, Aquilino entra en la librería.

- ¿Se le perdió el gato, Don Pedro?

- ¡Me lo han robado, estoy seguro! Y aquí estoy, solo, el gato era mi única compañía desde que murió mi mujer. Lo siento como si me hubiesen robado un hijo.

El hombre casi solloza. Aquilino queda triste. Promete:

- Buscaré su gato, ha de estar en alguna casa, no lejos. Seguramente alguien que tiene ratones en la casa...

- Y Pancho era un gran cazador. ¡Ah, mi Pancho! ¿Dónde estará mi Pancho?

Esa noche, al verse con Violeta, Aquilino siente la necesidad de confesarle su pesar, de contárselo todo:

- ¡Fui ladrón por vos, Violeta! ¡Pobre librero! ¡Me da una lástima! Se le caían las lágrimas al hablar del gato. Hace dos meses se le murió la mujer, ahora se queda sin el gato. Y es un buen hombre. Me deja leer sus revistas, me presta libros...

- ¡Ya sé lo que vamos a hacer! – lo interrumpe Violeta -; le robaremos el gato a la almacenadora y se lo llevaremos al librero.

- ¡Y si nos quiere dar la gratificación no se la recibimos!

- ¡Sí, la recibiremos!

- Pero...

- Callate y escuchá: la recibiremos y, para no ser ladrones, le llevaremos lo que él nos dé a la almacenadora.

Aquilino queda un rato en silencio y dice:

- ¿Sabés que sos muy inteligente?

- ¡La novedad! ¿Me estás descubriendo? ¡Yo te ayudaré a robarle el gato a la almacenadora!

Rondaron el negocio. Violeta acariciaba el gato, se hizo su amiga y una mañana, en un descuido de la almacenadora, lo carga y echa a caminar con él, despaciosamente.

- ¡Aquí tiene su Pancho! – entra diciendo Aquilino en la librería.

- ¡Mi Pancho, mi querido Pancho! – exclama el librero, y lo besa. ¡Muy bien!
 - Yo lo había visto en una casa de la vuelta. Lo cargué y se lo traje.
 - ¡Muy bien! ¿Cuánto querés de gratificación?
 - Lo que a usted le parezca.
 - ¿Querés cincuenta pesos?
 - Con veinte me conformo.
 - Tomá. ¡Muchas gracias!
- El librero queda acariciando a su gato y Aquilino sale a la disparada, a ver a Violeta.
- Aquí están los veinte pesos.
 - ¿Nada más que veinte pesos te dio ese miserable?
 - Me quería dar cincuenta, pero...
 - ¿Pero, qué?
 - Yo le dije que con veinte pesos me conformo.
 - ¡Está visto, che! Sos un sonso.
 - ¿Por qué, Violeta?
 - Porque si recibías los cincuenta, les devolveríamos los veinte a la almacenera y hacíamos un negocio.
 - No se me ocurrió.
 - ¡Oh, ustedes los hombres! Se creen muy vivos, pero sin nosotras se ahogan en un vaso de agua. Vamos a devolverle los veinte a la almacenera
 - ¿Y si no se los devolvemos?
 - ¿Ahora te querés pasar de vivo para que yo te crea vivo? ¡No! Vamos a devolverle los veinte pesos.
 - Andá vos sola.
 - Sí, iré yo sola. Le diré que vos te arrepentiste de haberle vendido tan barato un animal tan fino y le daré sus veinte pesos.
 - A vos se te ocurre todo, Violeta.
 - ¿Me admirás, Aquilino?
 - Sí, un poco.
 - ¿Un poco nada más?
 - Bastante.
 - ¿Bastante?
 - ¡Mucho!
 - Dame un beso chiquilín. Ya mismo voy a llevarle los veinte pesos a la almacenera. Esperame en la esquina.

EL RELOJ EN LA CARTERA

"Mas vale un niño pobre y bueno que un rey insensato."

ECLESISTÉS – 4.13

Petronila está llegando a su casa. Lloro convulsiva, desesperadamente.

La madre se alarma, pregunta:

- ¿qué te ocurre?

La muchacha continúa llorando. El hipo de los sollozos le impide hablar por un buen rato. Cuando puede hacerlo, explica. Rodeándola, ansiosos, están su madre y sus dos hermanos menores. Sergio y Lucio, de quince y trece años. Petronila tiene dieciocho, es una joven linda y elegante.

- ¡El patrón me echó!

- ¿Y por eso llorás así?

- Encontrarás otro trabajo – dice el mayor de los hermanos -. Ya ves yo: hace una semana salí de uno y desde ayer tengo otro.

- Trabajo no falta – agrega Lucio.

Con mi pensión y lo que gana tu hermano nos arreglaremos hasta que encuentres en qué trabajar – la consuela la madre.

- ¡No es eso, no es eso! – Protesta Petronila - ¡No lloro por eso! Lloro por lo que ha hecho el patrón conmigo.

- ¿Qué te hizo? – pregunta la madre, alarmadísima.

- ¡Me acusó de ladrona! ¡Y no es verdad, mamá! ¿Podés creer eso, mamá? ¿Pueden creerme? – se dirige a sus hermanos.

Todos hablan.

- ¿Cómo vamos a creer eso?

- ¿Vos ladrona? ¡No!

- ¡Se viene el mundo abajo antes de que vos robes un alfiler!

Petronila deja de llorar. La confianza de los suyos la calma. Y explica:

- ¿Saben lo que hizo el canalla, el cochino, el miserable del patrón? Puso un reloj en mi cartera, después, delante de otro empleado y del peón de la relojería nos hizo revisar a todos. En mi cartera encontraron el reloj, por supuesto.

¿Y cómo sabés que fue él? ¿No será el otro empleado o el peón?

- No, mamá. Estoy segura. Fue él, ese miserable. No puede ser otro. El empleado es un hombre muy bueno, el peón no entre nunca al negocio. Fue él. ¿Saben la vergüenza que he pasado? Todavía se dio el lujo de llamar a un vigilante y después decirle que no proceda, que me perdonaba por ser menor de edad.

- ¿Y para qué te puso el reloj en la cartera?

- ¡Para despedirme!

- Podía despedirte lo mismo.

- No, porque así me pudo despedir sin darme la indemnización que me corresponde por ley.

- ¡Canalla! ¡Avaro!

- ¿Y si le rompemos los vidrios del negocio a pedradas? – propone Lucio.

- No, los vidrios no, estarán asegurados. Yo sé lo que vamos a hacer.

- No se comprometan, chicos – interviene Petronila -, dejen las cosas como están. Lo importante es que ustedes no crean que he robado.

- ¿Y el empleado lo cree?

- El empleado, al salir yo, me apretó la mano y me dijo: Ya hablaremos. Estoy segura que él tampoco cree que he robado.

En ese momento suena el timbre de la calle. Sergio va a atender y vuelve diciendo:

- ¡Aquí está el empleado.

Entra un hombre ya maduro. Saluda a todos, y habla:

- He venido para decirle. Señora. Que con su hija se acaba de cometer una infamia. Es la segunda vez que lo he visto hacer eso al patrón. Con la misma excusa, hace dos años, expulsó sin indemnizarla, a otra chica. La treta le resulta pues delante de testigos y de un vigilante queda la presunta ladrona al descubierto. ¿Cómo negarlo? ¿Para qué negarlo? El, entonces, demuestra magnanimidad: perdona a la delincuente. Si ésta insiste en reclamar indemnización, puede costarle caro. Ustedes pensarán: ¿Por qué no declaro esto públicamente? ¿Cómo probarle al patrón que él le ha puesto el reloj en la cartera? Además, el peón me decía: Yo no me meto. En mi casa tengo cinco bocas que alimentar. A mí me pasa algo semejante: madre, mujer, tres hijos que estudian. Estas obligaciones lo hacen menos valiente a uno. Pero yo necesitaba venir a decirles esto a ustedes para que no creyeran que...

- ¡Nunca!

- ¿Ladrona, Petronila? ¡Jamás!

La muchacha se emociona. La seguridad de sus hermanos la conmueve. Se levanta de la silla en la que se ha tirado al entrar y besa ruidosamente a Sergio y a Lucio. Después se contrae a llorar nuevamente.

- No llore – dice el empleado -, todos sabemos que sos inocente.

- Déjela. Se desahoga. Esa acusación es mucho peor para esta niña que comienza a vivir, que no conoce la vida. Déjela que llore – dice la madre.

Todos salen. El empleado se despide:

- Volveré. ¿Es terrible que ocurran estas cosas y el culpable quede impune!

- ¡Algo vamos a hacer nosotros! – subraya Lucio.

- ¡Cuidado, chicos! No se comprometan. Dejen el castigo en manos de Dios – los alarma la madre -, no se comprometan.

- Que Dios lo castigue por su lado – responde Sergio -. Si lo castiga... porque Dios no siempre castiga. Ya ve, a mi padre lo mataron en una manifestación, nunca se supo quién lo mató. El asesino estará por ahí, libre.

- Bueno, si Dios quiere mandarle una enfermedad a ese canalla de patrón, ¡bien por Dios!, nosotros, Lucio y yo, tenemos que hacer algo por nuestra parte. Es más seguro. Y lo hicieron.

Una noche frente al teatro Cervantes, sorprendí a Sergio que, con un cortaplumas, abría el neumático de un automóvil. Lo tomé de un brazo:

- ¿Qué hacés- ¡Ah, es usted! ¡Qué susto! Creí que era un policía...

Yo conocía a Sergio porque era vecino de mi casa, era integrante del teatro independiente Roberto Payró, varias veces me había visitado.

- ¿Por qué hacés eso? – le pregunté muy serio.

- Le explicaré. Allí está Lucio. Él me hace de campana mientras yo corto el neumático. Vení, Lucio.

Nos metimos en un café. Sergio me explicó detalladamente lo ocurrido a su hermana. El auto aquel era del patrón de la relojería. En donde lo encontraban le hacían un tajo a una de las gomas.

- Ya lo pinchamos seis veces.

- ¿Seis? ¡Siete! – Corrige Lucio -, ayer a la noche al pasar por el negocio, lo vi. Como no tenía cortaplumas, le hundí un clavo. Me olvidé de contarte.
 - ¿Bien! Primero pensamos en romperle los vidrios, pero es más peligrase ruido. Las gomas se pinchan en silencio.
 - ¿Y hasta cuando van a seguir persiguiéndole el auto al relojero?
 - Hasta que nos cobremos la indemnización que se ahorró el canalla – responde Lucio.
- Y Sergio:
- O hasta cuando nos pille un policía. ¿Qué piensa usted? – me pregunta.
 - ¿Yo? ¡Vengan!
- Y seguido por los dos muchachos, me acerco al automóvil, tomo el cortaplumas y le hago un profundo tajo en un neumático.

EL PROBLEMA

"Pasé mis años de juventud en los hogares de la mentira donde por doquiera tenía que oír la negra profecía: Un muchacho muy honrado no sirve para el comercio."

CHARLES FOURIER

El cuarto grado tiene veintiocho alumnos, diez de ellos son niñas. Entre estos veintiocho alumnos están Adriana, Jonás y Justino, los protagonistas de esta historia.

Adriana, rubia, pequeña, de ojos celestes y cabellos que le caen en buches sobre la espalda, es no sólo la más linda de la clase, lo cual la hace un ser importantísimo, es también una de las mejores alumnas. Y la mejor en aritmética.

Jonás, que es uno de los peores alumnos y de los más torpes en aritmética, es el novio de Adriana. Así se dicen ellos, aunque los padres de uno y otra lo ignoran. Pero Jonás, torpe en aritmética y mal alumno, es el más fuerte de la clase. Esta condición ha seducido a la delicada y frágil Adriana seguramente. No hay quién pateee más lejos la pelota de fútbol ni quién se halle más dispuesto que él a resolver las menores dificultades a golpes. Es capaz de trompearse con dos o tres en pandilla y aun con chicos de grados superiores. A su lado, la fragilidad de Adriana se siente segura de posibles agresiones, primera demostración de amor entre los chicos.

Adriana es hija de un maestro y Jonás de un abogado, que son amigos y se visitan. Esto también los une.

Justino, huérfano de padre, es hijo de la librera que tiene el negocio en la esquina del colegio. A veces ella, mientras prepara la comida, lo deja detrás del mostrador para que venda; pero Justino es un mal comerciante. No faltó cliente que le devolviera el vuelto, pues le daba de más, o algún chico que le pidiera fiado un cuaderno y se olvidara de pagarle. También, cuando él estea solo en la librería y es Adriana la que entra a comprar, le regala el anotador o los lápices que ella necesita. Y aún le agrega algunas calcomanías de yapa. La chica le sonrío o le da ruborosamente las gracias de modo tan dulce que Justino le hubiese regalado la librería entera.

La presencia de la linda Adriana lo hace feliz y desdichado, pues, entre él y la chica rubia se levanta la mole agresiva de Jonás, grandote, ronco, temible, de ojos brillantes como sólo podría tenerlos - piensa Justino - el gigante de las botas de las Siete Leguas. Justino, el mejor de la clase en historia, el que escribe las más originales redacciones, no es bueno en aritmética. En esto anda a la parde su enemigo, el "novio oficial" de Adriana, como el se dice, orgulloso.

Pero él, es enemigo, acaso del terrible Jonás? El no se siente su enemigo, siente que el otro se considera su enemigo. Una tarde regaló a Adriana una escarapela con la imagen de Belgrano y al día siguiente vio entrar a Jonás en la librería con la cara más hosca que de costumbre. Serio, fulgurantes los ojos, encendidos quizás de cólera, quizás de celos.

- Vení. Tengo que hablar con vos - le dijo - . Vení afuera.

Justino salió a la calle, confiado, se sabía inocente, aunque algo sorprendido por la actitud del otro.

- Qué querés? - preguntó.

- Vos le regalaste esto a Adriana?

- Sí.

- Te devuelvo la escarapela.

- ¿Por qué?

- Porque no quiero que nadie le regale nada. Para eso estoy yo, para regalarle lo que ella quiera. ¡Tomá tu escarapela y basta!

Justino se atrevió a protestar:

- ¿Pero por qué?

- ¡Porque sí!

- Porque sí? No sé...

- ¡Chau! - lo interrumpió Jonás, y se fue.

Justino lo llamó, y cuando el otro se dio vuelta:

- Mirá - le dijo, y tiró la escarapela a la calle.

Jonás se encogió de hombros y siguió andando.

Ahora están en clase, en la antipática clase de aritmética. En el primer banco, Adriana y Jonás, en el banco detrás de Eeste, Justino. El maestro acaba de poner un problema en el pizarrón.

- ¡Es difícil! - murmura Justino, y muerde el lápiz.

Igual debe pensar Jonás, seguramente, porque también muerde el lápiz y no escribe. Adriana, en cambio, no pierde el tiempo. Rápidamente llena su hoja en blanco. Para ella es fácil, entiende todo lo que ese señor, Lucio Ramírez, el protagonista del problema, pretende ganar con la compra de un terreno cuadrado y su venta. Jonás echa fugaces ojeadas al papel donde Adriana escribe con seguridad admirable. ¡Qué buena secretaria sería - piensa Justino - para los negocios de ese señor Lucio Ramírez del problema! De pronto se alarma. Ha visto algo que lo llena de envidia. Adriana, en un descuido del maestro, ha pasado un papel a Jonás. Y éste escribe, escribe seguramente la solución del difícil problema. Pero ahora, en otro descuido del maestro, ve que Adriana pone en su pupitre otro papel lleno de números. ¡La solución del problema! Lo toma, pero al levantar la vista, se encuentra con los opjazos furibundos de Jonás. Esto lo perturba un segundo. No importa que Jonás haya visto y comienza a copiar lo que dice el papel salvador de Adriana. Todos han terminado.

- A ver, vayan diciendo la solución - ordena el maestro.

Los muchachos cantan: Unos 105 pesos, otros 72, otros... El maestro anota. Al terminar, dice:

- Son una manada de ovejas. ¡Un problema tan fácil, parece mentira!, sólo tres lo han resuelto bien: Adriana, Jonás y Justino... No les da vergüenza?... Son alumnos de cuarto grado o de primero. Estoy seguro que los de primer grado son capaces de resolverlo.

- ¡Y yo estoy seguro que ni los de quinto lo resuelven! - se oye la voz de un chico.

- ¡Ni los de sexto! - se oyen otras voces protestadoras - ¡Es muy difícil!

- Y cómo Adriana, Jonás y Justino lo han resuelto?...

- Señor - dice Jonás, y se incorpora, el acusador índice señalando a Justino -. Este alumno se copió.

Justino se estremece. Pero es posible que Jonás lo acuse? ¡Si él también se copió!

Reacciona:

- ¡Miente! ¡No me copié!

- ¡Ya lo veremos! - dice el maestro -. Pase al pizarrón. Escriba: El señor Paco Nuñez ha comprado un terreno de 8 por 12 metros a diez mil pesos, lo vende ganando cinco mil pesos. Se quiere saber a cuánto compró el metro cuadrado y a cuánto lo vendió. Es un problema semejante al que les había dado. Si no copiaste, lo tenés que resolver. Si no lo resolvés, te copiaste, como dice Joneas.

Justino toma la tiza, mira lo escrito en el pizarrón, piensa y echa una ojeada a la clase,

rápida mente ve los ojos celestes de Adriana llenos de angustia, y los brillantes y perversos de Jonás que le sonríe.

Justino vuelve al pizarrón, halla la superficie de 8 por 12 metros y se detiene...

Pasa el tiempo. La clase espera. Al fin el maestro pregunta:

- Lo sabés o no lo sabés?

Justino confiesa:

- No lo sé.

- Entonces te copiaste?

- Sí, me copié.

- De quién te copiaste?

Justino mira a la clase. Adriana no lo mira: espera seguramente la denuncia de que ella les pasó la solución a él y a Jonás. Pero Justino dice:

- Como yo estoy detrás de Jonás, mientras él escribía, yo copiaba.

¡Ni a Jonás ha denunciado! Adriana ahora puede levantar la cabeza y la levanta y mira a Justino con ojos dulces, humedecidos de agradecimiento. Justino le sonríe.

- Pase uno de ustedes dos - dice el maestro -, y resuelva el problema.

Jonás no se mueve, Adriana ya está camino del pizarrón, toma la tiza de manos de Justino y se pone a escribir, muy segura.

- ¡Ya estea! - exclama.

- ¡Bien! - dice el maestro - Justino, escribe ese problema y mañana lo traés copiado diez veces. Así aprenderás a no copiar. Sabés lo que es copiar? Es robarse a sí mismo. Lo hacés para engañarme a mí y te engañas a vos mismo. Sos un ladrón raro, un ladrón que te robás, creyendo robar a los otros.

- Soy un ladrón - responde Justino -, soy un ladrón, pero él - y señala a Jonás - es algo peor que yo. El es un botón.

Adriana vuelve a agachar la cabeza, temblorosa. Cree que Justino va a decir la verdad, pero Justino, aún rojo de cólera, no dice nada. Va a su banco y se pone a copiar el problema del pizarrón.

Todo no ha terminado. Al salir a la calle, en la puerta, Jonás dice a Adriana, como siempre le dice, para ir juntos:

- Vamos?

- No - responde ella.

- Ya no soy tu novia. Soy la novia de Justino. Verdad Justino?

- Si vos querés... - contesta éste, sin inmutarse.

- Vamos, entonces? - vuelve a decir Adriana.

- ¡Vamos! - responde Justino.

Los demás muchachos rodean a Jonás, a la expectativa.

- Te quitó la novia - dice uno.

Jonás lo voltea de una bofetada.

LAS ALAS DE LA MARIPOSA

"Las impresiones que recibimos en nuestra primera edad son las más profundas: la lana, una vez teñida, no recobra más su primitiva blancura."

QUINTILIANO

Era un delicioso atardecer de primavera. Fatigado de andar toda la tarde, llegué al remanso de la plaza, me tiré sobre un banco a recibir las caricias del viento aromado que venía de los árboles vecinos. Entrecerré los ojos para gozarlo mejor.

No fue por mucho tiempo. En un banco vecino se sentó una pareja de jóvenes. La voz de ella, violentísima, despertó mi atención y miré. Eran dos jóvenes, muy jóvenes, casi unos niños. No podrían tener más de catorce o quince años.

- ¡No, no y no! – decía ella.
- ¿Pero, por qué? – preguntó él.
- ¡Porque no! – insistió ella.
- ¿Querés a otro?
- No.
- ¿Entonces?
- ¡No, no y no!
- Pero dame una razón siquiera.
- La razón está en que no te quiero. Que no te puedo querer. ¡Que no te querré nunca! – terminó ella, y levantó la voz en tono de juramento.

- ¿Nunca?

- ¡Jamás!

Se hizo un silencio. El habló, apasionado:

- ¡Te mataría!

Se hizo otro silencio. Y se oyó la voz de ella:

- ¡Soltame!

- ¡No!

- ¡Grito! ¡Ay, me hacés doler! ¡Soltame!

- ¡Te voy a romper...!

Decidí intervenir. De un salto me planté frente a ellos. El muchacho la había tomado de un brazo y apretaba, violento. Al verme, la soltó. Se puso de pie, alarmado.

- ¿Qué es esto? – pregunté.

- Nada – dijo él, dio la espalda y se alejó a grandes pasos, casi corriendo.

La chica se restregaba el brazo dolorido.

- ¡Qué bruto! ¡Qué manera de apretar!

- Y todo porque te quiere – dije yo.

- ¿Me quiere? Pero yo no lo puedo querer a ese...asesino.

- ¿Asesino?

- ¡Asesino, sí! Es una historia vieja. Hace ocho años... – se detuvo, pensativa.

Yo hablé para instarla a que me narrase esa vieja historia de ocho años:

- El sería un niño...

- Sí, tenía siete años, como yo. Somos de la misma edad. El es unos meses mayor.

- ¿Se conocen desde entonces?

- Y desde entonces no lo veía. Anoche lo encontré en el casamiento de un primo. Hoy me esperó a la salida de la academia de música.

- Lo flechaste.

- Sí, pero no puedo quererlo. ¡Imposible!

- Es un lindo muchacho. Harían una linda pareja.

- Puede ser, ¡pero no, no!

Insistí:

- Contame esa vieja historia de ocho años.

- Es una tontería.

- No ha de ser tan tonta cuando no has podido olvidarla

- Es cierto. No he podido olvidarla. ¡No la olvidaré nunca, créame! Y es una cosa de chicos: teníamos siete años, yo jugaba con unas amigas en una plaza cuando apareció él. Era un chico fuerte, como ahora, ya lo ha visto, parece un hombre y sólo tiene quince años. ¿Le oyó la voz de trueno? Apareció él y comenzó a reírse de nosotras. No le hicimos caso. De pronto vimos una mariposa hermosísima. Una mariposa de grandes alas de muchos colores. dejamos de jugar y nos quedamos mirándola, admirándola. Él, entonces, dio un salto tiró la gorra sobre la mariposa y la atrapó.

- ¡Pobre mariposa! – grité yo. Soltala, ¡es tan linda!

- ¡Vos también sos linda! – Respondió él – y si tuvieses alas como la mariposa yo haría esto con tus alas.

Y de dos tirones la dejó sin alas.

Grité, desesperadamente:

- ¡No, no!

Él, mostrándome el bicho oscuro a que había quedado reducida la mariposa, dijo:

- Mirá .lo que es ahora tu linda mariposa.

Riendo, no olvidaré nunca su risa perversa, riendo la tiró al césped.

- ¡Matala, pisala! – Grité yo, sollozando -, está sufriendo.

- ¡Que sufra! – respondió él. Y reía y reía de un modo que nunca olvidaré. ¡Así ha de reír Satanás en el infierno! Yo, entonces, salté sobre la mariposa sin alas y la aplasté, para que no sufriera. Salí corriendo, ahogada por los sollozos. Pero antes tiré el zapato con el que había aplastado la mariposa. ¿Por qué? No sabría decirlo, pero me quemaba el pie. No podía caminar con aquel zapato. Al entrar a casa tiré el otro. Por suerte mamá no estaba. Me puse otros zapatos. Unos días después mamá comenzó a preguntar por mis zapatos. Yo callaba. Al fin supusieron que una sirvienta los había robado y la despidieron. Yo, cobarde, no dije nada. Dejé que la despidieran; pero sufrí, nunca me ha abandonado el remordimiento por aquella mala acción mía: dejar que culpasen a una inocente. Le voy a decir por qué yo sufrí tanto con lo que hizo Segundo. Se llama Segundo ese muchacho. En aquel tiempo, según me había contado mi abuela, yo creía que las mariposas llevaban al cielo las almas de los niños que morían. Al sacarle las alas a aquella mariposa, pensé que el alma de un niño no subiría al cielo, quedaría vagando, perdida entre los árboles de la plaza..

- ¿y por eso sufriste la mutilación de la mariposa?

- Por eso solo, no. ¡Era tan linda aquella mariposa! ¿Por qué arrancarle las alas? ¡Qué crueldad inútil! Ayer en la fiesta apareció Segundo. El no se acordaba más de mí. Yo lo reconocí enseguida. Quiso bailar conmigo. Me negué. Insistió varias veces. Me negué siempre. No sé cómo supo que yo a esta hora iba a la academia de música que está allí, cruzando la plaza. Hoy me esperó a la salida para decirme... ¡Ya supondrá qué! ¡Pero no, no y no! Lo veo y me parece un monstruo.

- Es un lindo muchacho – repetí yo, e insinué: Quizás si lo trataras, si...

- No olvidaré lo que hizo con la mariposa. ¡Arrancarle las alas! Obligarme a que yo la aplastase para que no sufriera. ¡No, no y no! ¿Pero por qué le estoy contando a usted esas cosas? Usted es un desconocido.

- Soy escritor. ¿Qué te parece si escribo un cuento con tu vieja historia? Podría llamarse: “Las alas de la mariposa”.

Me tendió la mano:

- Si lo escribe, llévemelo allí, a esa casa de altos que está en la esquina. Pregunte por Rosaura. Me llamo Rosaura.

CANARIO Y BUHO

"Un hombre que en su niñez ha sido el indiscutible favorito de la madre, conserva toda la vida los sentimientos de un conquistador, la confianza en el éxito que conduce al verdadero éxito."

FREUD

César Morenez y Braulio Fallía acaban de dar la última materia: "Historia de la literatura española y americana". Son bachilleres. César obtuvo nueve puntos; Braulio, cinco. Corre César al teléfono del café de la esquina, alegre, a dar la noticia a la madre. Braulio lo aguarda en la puerta, pensativo como siempre. César sale:

- ¡Vieses la alegría de mamá! Hoy me dijo: festejaremos tu triunfo con champaña-
¡Querida mamá! Le llama triunfo a recibirse de bachiller. ¿Y vos? ¿No llamás a tu madre?

- No – responde Braulio, seco.

Nada más disímil que estos dos amigos, César y Braulio. De aquí los apodos que les pusieron sus compañeros, los muchachos siempre certeros para sellar con apodos: César, alegre, rubio, bullicioso, animador de protestas estudiantiles, siempre con un tango o una zamba en el silbido, lo llaman "Canario"; Braulio, grave, cutis color aceituna, parco, ajeno a toda bullanga, concentrado, es "Búho", y para otros, más certeros todavía, "Ñacurutú", el onomatopéyico nombre guaraní del búho.

- ¿Por qué no le avisás enseguida a tu mamá que ya sos bachiller?

- ¿Para qué tanto apuro?

- Las buenas noticias hay que darlas cuanto antes.

- Ya lo sabrá cuando yo llegue.

- Mamá comenzó a dar gritos, a llamar a papá, a mi hermana, a mandarme besos y felicitaciones.

- Ustedes son expansivos. En casa, no. En casa mi madre y mi madre casi no hablan.

- ¿Tenés a quién salir entonces?

- Sí, son como yo. Ellos hablan sólo que cuando se pelean. Cuando se pelean, que es casi todos los días, hablan demasiado. ¡Y se dicen!... Bueno, yo también ya hablé demasiado.

- Pareciera que el haber terminado el bachillerato no te conmueve mucho.

- Estaba seguro de pasar. Y ya ves si soy yeta. Apenas saqué un cinco, un regular.

- Y yo que sé mucho menos, nueve. Son las injusticias de los exámenes. Hay que saber dar examen. Hacerse simpático a los profesores.

- Yo me inhibo.

- Te inhibís porque suponés que los profesores saben más de lo que saben. Yo, no. Yo si no sé algo, macaneo. ¡Y me sale bien! ¿Soy caradura? Sí.

- Te envidio.

- Imitame.

- No puedo.

- Acordate del loco aquel que decía: "Querer es poder".

- Vení, vamos a festejar el triunfo como dice tu madre. Te invito a tomar una cerveza.

En el café continúan comentando el último examen:

- Sé todo el Coloquio de los Centauros de memoria – dice Braulio -: me toca Rubén Darío, me atasco no sé por qué y no soy capaz de repetir un verso. Ahora lo diría íntegro.

- Yo, en cambio, cuando me preguntó qué poemas sabía de Martí, le dije: ¡Todos! Se lo dije seguro y sólo sé: “Cultivo una rosa blanca”, ahí nomás se lo espeté y de miedo quizás a que siguiera recitando, ¡basta! Me interrumpe el doctor Lezcano y, ¡nueve puntos!

- ¡Tenés suerte!

- No es suerte, che. Es ciencia de la vida.

- ¿Qué?

- Es haber nacido con estrella.

- ¿Y yo?, ¡estrellado!

- No seas funebrero. Tienen razón los muchachos que te dicen búho.

César se pone de pie, llama al mozo, paga, y Braulio, que fue quien invitó, lo deja pagar. No se toma el trabajo ni de buscar la billetera. Salen. César adelante, canturrea un verso en lunfardo: “En el bondi de la vida, ¿boleto de qué sacaste”?... Braulio lo sigue, silencioso, lentamente. César habla. Por lo común, habla mucho, y a gritos; pero ahora, encendido por la alegría de haber pasado, ¡gloriosamente!- el adjetivo es de él – un examen que se le presentaba dudoso, lo hace hablar más que nunca, lo hace estallar, sus exclamaciones suenan como cohetes.

De pronto se para ante una vidriera que exhibe billetes de lotería.

- Mirá ese número. ¡Lindo número! ¡Hermoso!

- ¿Qué tiene?

- Estoy seguro que va a sacar la grande. ¡Dos millones y medio de pesos, qué locura!

- Compralo.

- Cuatrocientos cincuenta pesos. No me alcanza. Compralo vos.

- No me gusta tentar la suerte. Yo no tengo suerte.

- Pero yo, sí. Comprá vos dos tercios y yo el otro tercio. Mi suerte va a darte suerte.

- O mi mala suerte te va a dar yeta a vos y tiramos el dinero a la calle.

- Siempre pesimista, ¡búho! ¡Ñacurutú! – le grita César, entre risueño y fastidiado.

- Y vos siempre optimista, canario cantor que vive en el aire. ¡Vamos, che! – y lo toma de un brazo.

Pero César no se aparta de la vidriera. El billete lo atrae. Tiene magnetismo.

- ¡Me gusta ese número!

- ¿Y por qué te gusta?

- Por la cantidad de ceros y de unos que tiene. Mirá: 10.001. Yo he sacado tantos ceros y unos en los exámenes, que al fin me son simpáticos. ¡Comprémoslo!

- No. Compralo vos.

- Solo, no. Si me saca la grande voy a tener un remordimiento. Vení. Hoy se juega.

Dentro de unas horas somos ricos.

- Bueno. Compremos un tercio a medias, setenta y cinco pesos cada uno.

- ¡No seas amarrete! Yo un tercio y vos, los otros dos. ¡Tenés plata!

- ¿Gastar trescientos pesos?, ¡no! ¿Qué dirán mis padres?

- ¡Si tus padres son ricos!

- Son ricos, pero, no me hagas hablar de ellos. Ellos son de los que quieren la plata, de los que le tienen amor a la plata. Ya lo ves, a los cincuenta y tantos años siguen todavía pegados al mostrador. Braulio habla rencorosamente de sus padres. A César le molesta, y lo interrumpe:

- Compremos un tercio cada uno.

- Bien.- acepta Braulio, después de un instante de dudas.

Ya con el billete en la mano, César insiste:

- Comprá los dos tercios.
- No.
- Estás perdiendo un dineral.
- No.
- Te vas a arrepentir.
- No.
- Acordate que estás perdiendo... ¿Cuánto?

Braulio, ducho en operaciones menudas, agrega:

- Seiscientos sesenta y seis mil seiscientos sesenta y seis pesos.
- ¿Por qué tan poco?
- Porque a los premios mayores el gobierno les mocha el veinte por ciento.
- Estás bien enterado. ¿Has jugado antes?
- Nunca, pero mi padre juega siempre.
- ¿Y ganó alguna vez un gran premio?
- Jamás. Y no merece ganar tampoco. ¿Para qué? ¿Para juntarlo a lo mucho que gana en su negocio, para que duerman en un banco?

César canta:

- Si hoy la vida te sonríe,/ si es que andás en racha buena,/ no olvides de hacer el paco, / no te duermas como un gil. / Pensá viejo que andar seco/ es la más triste condena,/ encaná los mangos chicos/ y secuestrá los de mil.../ Después pregunta: Y si sacamos esos seiscientos sesenta y no sé cuántos pesotes cada uno, ¿qué hacemos? – y sigue hablando, planea: Yo hago un barullo tal en mi casa que los vuelvo locos. Lo voy a ayudar a mi pobre viejo, siempre yugando, y siempre viendo pasar los papeles de a mil por encima de su cabeza, como si tuviesen alas; la voy a empilchar a mi vieja que va a parecer una Semiramis. Porque aunque yo la llamo vieja, no es vieja. Tiene cuarenta años. Me lleva veintitrés. ¿Y está de linda con su cabellera rubia, su porte de gran señora! Mi padre sigue enamorado de ella, a veces los pillo besándose. ¡Eh, vejestorios!, les grito, ¿qué dejan para los muchachos? También la voy a ayudar a mi hermana que es mayor que yo, me lleva un año y está de novia. No se casan porque el novio es un fundido. Si saco los seiscientos mil y compañía, la doto.

- ¿Y qué vas a comprar para vos?
- Una bicicleta.
- Aspirás a poco.
- ¿Y vos, una vez que seas capitalista?
- No estudio más. Pongo la plata en algún negocio y me hago rico sin esperar a que se mueran mis padres. Mi padre tiene un amigo que me dice: ¿Querés ganar plata? Comprá y vendé. También me dice: ¿Querés ganar plata? Alejate de la cultura. El es casi analfabeto, vino a Buenos Aires con los zapatos rotos...
- ¿Y sigue con los zapatos rotos?
- Rotos, pero les hizo poner medias suelas. Hoy es millonario. ¿Pero sabés que ya estoy arrepentido de no haber comprado el otro tercio?
- Volvamos. Si no lo vendieron todavía, lo comprás.

Vuelven. Lo han vendido. Braulio se pone tétrico, musita, casi solloza:

- Qué lástima. He perdido más de seiscientos mil pesos por dudar. Eso me ocurre siempre a mí, en todo, dudo, dudo... si sacamos la grande es cosa de llorar a gritos.
- ¿Y si no sacamos nada?
- ¿Ahora dudás? ¿Después que me hiciste gastar ciento cincuenta pesos?
- No dudo. Es una hipótesis. Podemos ganar o no podemos ganar. Si no ganamos, al no comprar ese tercio, ganás ciento cincuenta, ¿eh? ¿qué decís?

- ¿Qué digo? Digo que soy un desgraciado.
- ¡De veras, búho, ñacurutú!, sos un desgraciado pesimista. Hasta luego. Estoy deseando llegar a casa. ¡Mamá me va a hacer un recibimiento! Ya le estoy viendo brillar sus grandes y hermosos ojos, llenos de lágrimas de alegría... ¿Te acordás lo que dice el poeta Pedroni de la madre?: “Llora cuando reímos, llora cuando nos vamos y llora de alegría cuando nos vuelve a ver”. Así es mamá.
- A mi madre, en cambio, no la he visto llorar nunca... ¡Ah, sí! Una vez que le robaron la billetera en un ómnibus.
- Tendría mucha plata.
- Cinco pesos.

UN MUCHACHO SIN SUERTE

"Recuerdo que cuando yo era un niño era un monstruo. El conocimiento del deber se adquiere muy lentamente, y sólo por el dolor y el ejercicio progresivo de la razón el ser humano disminuye poco a poco su maldad natural."

DELACROIX

Semidormido oyó la voz de la abuela:

- ¡Dionisio, Dionisio!

Restregándose los ojos, se incorporó. Cuando estuvo sentado en la cama, la abuela le dijo:

- ¡Vestite! ¡Pronto! ¡Tu madre ha muerto!

Era la cuarta o quinta vez en su vida que Dionisio veía a su abuela. Una vieja gorda, desgredada, muy sucia, casi sin dientes.

Abrió bien los ojazos, y la miró.

- ¿Qué me mirás? Como lo oís. Tu madre ha muerto. ¡Mientras vos dormías aquí, lo más tranquilo, tu madre se fue con Dios, la pobre!

Dionisio se encolerizó:

- ¿Podía hacer algo yo, qué me reprocha?

- Nada, muchacho. ¡Qué genio! Vestite. Vamos al hospital.

Dionisio comenzó a vestirse y la vieja a darle detalles:

- Murió hoy a las 8 y 45. Murió como una santa. Murió sin un ¡Ay!, murió como un alma buena.

Dionisio, que se estaba poniendo los pantalones se detuvo para mirar a la abuela, de arriba abajo, midiéndola, penetrándola a fin de descubrirle la intención que él suponía malévolamente.

Afirmó:

- ¡Sí! Era un alma buena.

Y quedaron mirándose, abuela y nieto, casi en desafío. Dijo ella:

- ¿Sabés que te encuentro muy cambiado desde la última vez que te vi. Estás hecho un hombre. ¿Tenés trece años ahora, eh? ¿Trece o catorce?

No respondió el muchacho. Y volvió a su tema.

- ¿Entonces porque mi madre era lo que era no podía tener buena el alma? ¿Acaso era eso porque quería ser eso?

- ¿Pero vos sabías que tu madre era...?

- ¡Sí!

Había terminado de vestirse. Salió a lavarse. Entró un hombre de mirar duro y porte recio. Preguntó:

- ¿Usted es la madre de Margot?

- Sí. ¿Y usted?

Yo soy el...

- ¡El cafísho!

- Como quiera llamarme. Yo le iba a decir que era el esposo.

- La vieja rió, desafiadora. El hombre la miró con dureza, muy hondo. Ya iba a salir, cuando entró Dionisio. El hombre se dirigió a él:

- ¿Querés que nos hablemos? De todas maneras, después de lo que acaba de ocurrir, ya no nos veremos más. Porque supongo que te irás a vivir con tu abuela...
 - No sé, pero como sea me voy de aquí.
 - No sabemos todavía. No sé si mi marido querrá. Él nunca ha querido al nieto, nunca perdonó a Margarita. Esta mañana le dije que había muerto. Me contestó: “Hace mucho que ha muerto”. Dionisio gritó:
 - Si no quiere, es lo mismo. No me voy a morir de hambre por eso. ¡Vamos!
- Y encendió un cigarrillo.
- ¿Lo ve? – Dijo el hombre a la abuela - ¿lo ve usted? Varias veces he estado a punto de romperle un hueso. Decidí no hablarle más. Hace ocho meses que no nos dirigimos la palabra. Ya ha oído como contesta. ¡Mírelo!
- La abuela lo miró. Hacía un año escaso que no veía a su nieto. Estaba transformado. Hecho un hombre en miniatura. Cara de hombre y voz de niño. Ademanos de hombre: la gorra ladeada, pantalón largo, cigarrillo en la comisura de la boca, despectiva. Y los ojos de niño: cándidos.
- Dionisio volvió a decir, imperativo:
- ¡Vamos!
- Salieron. Ya en la calle, el muchacho preguntó:
- ¿llamo un taxi?
 - ¿Taxi? – gritó la vieja alarmada - ¿Tenés plata?
 - ¡Ni un centavo!
 - Vamos a pie.
- Siguieron andando, silenciosos. La vieja preguntó:
- ¿Te llevabas mal con él?
 - ¿Con quién?
 - Con... con él – y señaló la casa.
 - ¡Sí, es un canalla!
 - ¿Hace mucho que sabés?
 - ¿Qué?
 - Que tu madre era...
- Como si temiera que la vieja pronunciara la palabra, Dionisio la interrumpió:
- Sí, hace siete años por lo menos.
 - Y cuando supiste, ¿no la quisiste menos?
 - No.
- Callaron. Hubo una pausa. Después la vieja gimoteó:
- ¡Pobre hija mía! ¡Morir tan joven! El próximo 15 de julio cumpliría 28 años. A vos te tuvo antes de cumplir los quince. Tu padre era un hombre rico. La abandonó. ¡Si encontráramos a tu padre!
 - ¿Para qué
 - ¡Es rico, muy rico!
- El muchacho se encogió de hombros. Dio una chupada profunda al cigarrillo y lo aventó.
- ¿Y usted cree que hará algo por mí? ¡Bah! Empezará por negar que soy su hijo.
- La anciana volvió a gimotear:
- ¡Pobre hija mía! ¡Tan hermosa! Me acuerdo cuando se escapó de casa. ¡Era una muñequita! ¡Lo que habrá sufrido! Yo hubiese querido verla más; pero tu abuelo es tan severo, y como ella hacía lo que hacía...
 - ¿Y el abuelo no es pordiosero?
 - Sí.
 - ¡Es preferible ser lo que era mamá a ser pordiosero!

La frase lapidó a la vieja. Miró con admiración y miedo al muchacho. Lo encontraba muy hombre, pero un hombre raro. Siguió en silencio. Y volvió a hablar:

- No te he visto llorar a tu madre. ¿No la querías?

Tal mirada le hundió el muchacho que no bien hecha la pregunta, se arrepintió de haberla hecho.

- Ahora mamá es más feliz. Sufría mucho. Comprenderá: una úlcera de estómago. Yo ya sabía que iba a morir. Me lo dijo ayer el médico, antes de operarla. ¿Llorar? Sí. Sé que la voy a llorar, pero ahora no tengo ganas. Cuando sienta ganas de llorar, lloraré. ¿O voy a hacer como todas esas que lloraban ayer a gritos, cuando supieron que la iban a operar?

- Todos la querían. Lloraba también él. Yo lo he visto esta mañana, al enterarse de su muerte.

- ¿El? ¿Quién es él?

- El... el que vivía con tu madre, ahora.

- ¡Ah, no me hable más de él! No me hable nunca de él. Ese llora por los pesos que pierde. ¡Tiburón!

- ¿Sí? ¿Ganaba mucho? ¿Cuánto ganaba por día?

- ¡No hablemos de eso, basta! ¿No le da vergüenza preguntar eso?

- ¡Qué carácter tenés! El mismo carácter de tu madre. Si ella hubiese sido más humilde, tu abuelo quizás la hubiese admitido otra vez. ¡Pero tenía un carácter imposible! Temo que no se entiendan ustedes dos tampoco.

- Me iré.

- Te irás. Es muy fácil decirlo.

- De todas maneras, yo en todas partes tengo que ser desgraciado.

- ¿Por qué?

- Porque sí. Llegamos al hospital.

Entraron.

Como si no lo hubiera vivido él, vio Dionisio la sucesión de escenas que se desarrollaron en esos días. El traslado del ataúd a la casa, el velorio, el entierro: dos coches detrás del fúnebre. En el primero iba El – como lo llamaba Dionisio al hombre –, dos amigas y otro tipo. En el segundo, el muchacho con un antiguo amante de la muerta, un hombre canoso que la había querido de verdad, pero a quien ella había abandonado. Inútil fue que el hombre canoso intentase hablar con el chico. Este no respondió a sus preguntas. Y en silencio hicieron el lentísimo y largísimo trayecto desde un barrio del sur hasta la Chacarita.

Dionisio volvió en tranvía, por no hacerlo en el coche, junto a ese individuo. Al entrar a la casa habló a su abuela, ocupada en hacer un gran bulto con las ropas de la muerta.

- Ahora vamos a casa. Quizás tu abuelo te reciba. Recoge tus cosas.

- ¡Si no tengo casi nada! Lo puesto y dos calzoncillos, esta otra camisa y dos pares de medias. Nada más. En un diario me cabe todo.

Hizo su paquete. De pronto entró el hombre, miró y se puso a gritar a la vieja:

- ¿Qué hace usted? ¿Qué está haciendo usted? ¿Acaso pretende llevarse eso? ¡Váyase de aquí! ¡Aquí nada es suyo!

- ¡Esta ropa era de mi hija!

- Sí, para esto se acuerda que era su hija: ¡Para heredarla! ¡Mejor que se hubiese acordado cuando estaba viva! ¡Aquí no toca nada, todo es mío!

- ¡Ladrón! – grita la vieja.

El tumulto atrajo a los que estaban en la habitación contigua. Varias mujeres y hombres de mala traza. Con ellos entró el hombre canoso también. Este intervino:

- A ver, déjenme a mí. Yo arreglaré todo. Soy abogado.

El título impuso respeto. La vieja sollozó, implorante:

- ¡Doctor!

El hombre asintió:

- Está bien doctor, arregle.

Comenzó entonces una larga negociación. El abogado proponía que el hombre diese a la vieja una cantidad de dinero y que ella dejase los vestidos. La vieja aceptaba, pero no terminaban de ponerse de acuerdo acerca de la cantidad.

- Doscientos pesos – pedía ella.

- ¡Veinte! – ofrecía él.

Arrodillado sobre el montón de vestidos, el abogado los avaloraba.

- Este valdrá ahora, tal como está, cinco pesos... este diez... este ni regalado se lo lleva ningún prestamista... este... ¡Margot!

El abogado se había erguido con una fotografía en alto. Todos se arremolinaron a mirar: era un retrato de la muerta, cinco o seis años antes, muy linda, sonriendo.

- ¡Margot, Margot mía! – sollozaba el abogado -. Está como cuando yo la conocí. ¡Qué hermosa, mi pobrecita! Este retrato me lo llevo yo. Démelo. Se lo pido de rodillas.

¡Queridita mía! ¿Por qué te fuiste? Besó la fotografía, apasionadamente.

El otro se adelantó y le puso una mano sobre el hombro:

- ¿Usted la ha querido mucho, verdad?

- ¡Con toda el alma! – y sollozó.

- ¡Yo, también! – afirmó el otro sollozando.

Lloraban los dos, y se abrazaron. Las mujeres comenzaron a llorar también. Y la vieja, que hasta entonces no lo había hecho, tirándose sobre el montón de vestidos, aullaba:

- ¡Margarita mía! ¡Hijita mía!

Dionisio, apoyado contra la puerta, miraba torvo, colérico. La escena no lo conmovió en lo más mínimo. Por el contrario, fue tanta su cólera que, acercándose al doctor que le daba la espalda, le dio un duro puñetazo, con todas sus fuerzas. Después salió corriendo a la calle, cerrando todas las puertas que hallaba al paso tras de él, por si lo perseguían. Corrió hasta la esquina, allí se detuvo, a espiar. No salió nadie. Esperó un buen rato, quizás media hora. Al fin vio a su abuela. El la chistó. Ella venía alegre:

- ¿Por qué hiciste eso? ¡Pobre doctor! Quizás te protegiera. He quedado en llevarle todos los retratos que tenga de tu madre.

- ¿Se los va a pagar?

- Sí... no... me hará un regalo. ¡Cómo la quería! ¡Y el otro también!

- Ya le redicho que no me hable más del otro.

- ¡Cómo lloraban, los dos abrazados! ¡Partía el alma verlos!

- ¿Cuánto le dieron por los vestidos?

- Sesenta pesos. Ya ves, niño que no llora, no mama. ¡Ah! No le vayas a decir nada a tu abuelo...

-¿Qué?

- Que tengo esta plata. Me la quitará. ¡Ya lo conocerás, es un avaro! Son los primeros pesos míos que tengo en mi vida. Y no creas que él es tan pobre. Tiene libreta en el banco y gana mucho de pordiosero. Cuánto no sé. Pero sí sé que recibe bastantes limosnas... ¡Sesenta pesos míos! ¡Y lo que me dé el doctor por los retratos! ¡Es lindo tener plata propia! Yo jamás he tenido nada. Ya verás a tu abuelo. Me da lo necesario para hacer la comida. Y si a veces tomo una copa de vino, es por alguna vecina. ¡Ya verás quién es tu abuelo! ¿Y si no te recibe?

- ¡Que no me reciba!

- ¿No querés tomar un vaso de vino en aquel almacén?

- No.

- Yo, sí. Como he pasado mala noche. Vení.

- Yo la espero, vaya usted.

La anciana entró.

- ¡Cómo tardó! Usted se tomó más de una copa seguramente.

- Tres, nada más que tres. ¡También con el frío que pasé anoche! ¡Soy vieja, muchacho!

- Por eso no debe chupar.

- ¡Ja, ja, ja! Ya te digo, con tu abuelo guardá ese carácter. Si no, te echará. ¡Si lo conoceré! Tiene el corazón cerrado. Allá vivimos. Vení. Ha de estar de muy mal humor por haber tenido que cocinar él... ¡No se te vaya a escapar lo de los sesenta pesos!

Entraron a una casucha de aspecto ruinoso. Atravesaron dos patios. Al final de la casa había una pieza de zinc. La vieja abrió la puerta, miró volviéndose hacia Dionisio, lo hizo pasar y, empujándolo, dijo:

- ¡Aquí tenés a tu nieto!

Un anciano de larga cabellera y barba blanquísima, irguiese:

- ¡Dios!

Se dio vuelta y calló de rodillas delante de la imagen de una virgen de Luján que se levantaba sobre una cómoda en la que ardía un cirio. El anciano oraba. Dionisio mudo.

La vieja esperaba, sumisa.

Dionisio observaba todo: La piezucha misérrima: una cama, un baúl, trastos viejos por los rincones, una mesa, dos sillas y santos. Todos los santos imaginables. Sobre la cómoda, la Virgen de Luján, en una especie de altar improvisado. El viejo oraba. Se dio varios golpes en el pecho, después se irguió:

- Está bien, muchacho. La Virgen me aconseja que te admita. Te admito. ¿Sos piadoso? ¿Crees? ¿Crees en Dios?

- Sí. Todos los domingos íbamos a misa con mamá.

El anciano, prosopopéyicamente, levantó los brazos. Gritó:

- ¡No quiero oír hablar de tu madre! ¡Nunca! Ha muerto sin mi perdón. ¡Ha muerto maldita!

La abuela se atrevió a decir:

- Sin embargo, la pobre ha sufrido...

El viejo volviese a ella, iracundo:

- ¡Cállese!

Y le dio un golpe en un hombro, con el puño cerrado. Dionisio creyó que la tiraría al suelo. La vieja, como si no lo hubiera recibido, siguió hablando:

-... mucho. Dios la ha de haber...

- ¡Cállese! – volvió a ordenar el viejo, y otro golpe.

- ...perdonado por lo mucho que ha sufrido – concluyó la abuela, siempre inmutable.

- ¡Su hija está en los infiernos! – rugió el anciano.

- ¡Nuestra hija está en el Paraíso! – aseguró ella.

- ¡En los infiernos, la maldita!

- En el Paraíso, la santa.

- ¡Tome, tome! – y el viejo acompañó sus gritos con dos puñetazos. Ella los recibió tranquilamente. Después dijo:

- Aunque me pegues no vas a convencerme de que Margarita está en los infiernos.

Margarita está en el Paraíso.

El viejo se volvió a un cuadro que representaba a Jesús. Le pidió a gritos:

- ¡Dios, Dios mío!: castiga a esta mujer. ¡Déjala muda, Dios, muda!

La anciana, por toda respuesta, y como demostrándole que Dios no escuchaba su ruego, cantó un tango:

...”Como con bronca y junando

de rabo de ojo a un costado
sus pasos ha encaminado
derecho pal arrabal...”.

- ¡Muda, muda, muda! – pedía él.

Ella cantaba siempre:

“lo lleva el presentimiento
de que en aquel potrerito
no existe ya el bulincito...”

- ¡Muda, muda!

Tan ridícula le pareció a Dionisio la escena que, doblándose, se rió a carcajadas. Los viejos callaron.

- ¿De qué te reís? – preguntó él.

- De ustedes.

- ¿Ah, de nosotros? ¡Tomá!

Y le dio una bofetada.

Dionisio no supo que hacer. Quedó mirándolo.

- ¡Aquí hay que obedecer! Andá, dale las gracias a la Virgen por haberte admitido en esta casa honrada. ¿Creés n la Virgen de Luján?

- Mamá era devota de ella...

Ya te dije que no me hables de tu madre nunca más. Dale gracias a la Virgen.

- Dionisio se hincó a rezar.

- ¿has visto como Margarita ha educado a su hijo en nuestra fe? Margarita está en el Paraíso – aseguró la abuela, tesoneramente.

El no respondió. Comenzó a sacar monedas.

Tomá para el puchero. Echale otra papa.

- Pero Don Gregorio – protestó ella - ¡sólo una papa más! ¡Se va a morir de hambre este muchacho!

- Echale otro puñado de arroz.

- ¿Y carne, no compro más carne?

- Comprá otro pan chico.

Sólo dos días hubo de vivir Dionisio con sus abuelos, aquella vida, más exótica para él que la vivida junto a su madre, entre rameras, cafishos, turfistas y otras gentes.

El viejo se llamaba Gregorio. Se hacía decir Don Gregorio hasta por su mujer.

Autoritario y duro, tenía siempre el grito y el golpe prontos. Uno y otros los recibía la vieja, indiferente, habituada hasta la insensibilidad. En esos dos días, Dionisio vio cinco veces como la golpeaba. Y ella nunca dejó de concluir la frase comenzada ni se calló, aunque él se desgañitase ordenándolo.

Ambos eran muy católicos. Rezaban a toda hora, pero a distintos santos. Ella a San Roque, de quien era devota. El a la Virgen de Luján. No se atrevían cada uno a denigrar el santo del otro. Dionisio observó que el viejo no miraba siquiera a San Roque. Lo temía y lo odiaba, quizás porque era el predilecto de su compañera.

- Es preciso que elija un santo para vos – le dijo el viejo.

- Elijo el de mamá – respondió Dionisio.

- ¿Cuál?

- La Virgen de Luján.

- No. La Virgen de Lujan es mía. Elegí otro. Ahí tenés a San Luis Gonzaga, protector de la juventud.

- No me gusta.

- ¡Te ordeno que lo elijas!

Aunque refunfuñando, Dionisio se hizo devoto de San Luis Gonzaga. Su abuelo le inspiraba un respetuoso temor. Tan alto y magro, con aquellas barbas y cabelleras larguísimas y blanquísimas, aspecto inverosímil; parecía un santo o un brujo. El muchacho se sintió cohibido ante él, al principio. Recibió su bofetada sin que se le ocurriera defenderse. Pero hora por hora iba perdiendo su temor. Y a la noche del primer día, al pegar el viejo un golpe a la abuela en la espalda, él se atrevió a protestar:

- ¿Por qué le pega así?

- ¿Eh?

- ¿Por qué le pega?

- ¡Tomá vos!

Y le asentó a él una bofetada. Dionisio se agachó y el anciano, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo tan rudamente, que para levantarse hubieron de ayudarlo entre la abuela y el niño.

Aquello demostró a Dionisio la debilidad del tirano.

A la mañana siguiente, después que él salió, habló con la abuela:

- ¿Por qué se deja pegar?

- Siempre me ha pegado...

- Pero si ahora usted es más fuerte que él. Estoy seguro que de un empujón lo manda lejos. No se deje pegar.

- ¿Y qué voy a hacer, muchacho?

- ¡Darle usted también, pues!

- ¿Yo? ¡Dios mío! Temo que Dios me castigue. Yo soy mujer.

- ¿Y se va a estar dejando pegar siempre?

- Estoy acostumbrada. Llevamos cuarenta y un años, dos meses y diez y ocho días de matrimonio. Siempre me ha pegado. Al día siguiente de nuestra boda me pegó. ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Y esto no es nada! Antes, cuando él era joven, cuando tenía fuerza... Una vez me rompió una costilla, pisoteándome. Estuve dos meses en el hospital. Ya ves si estaré acostumbrada.

- ¡Yo la voy a defender, abuela!

- ¿Qué?

- ¡Yo la voy a defender!

- ¿Qué pensás?

- Cuando él le pegue... yo... ¡ya verá!

Se levantaban muy temprano, era todavía de noche. El abuelo se vestía minuciosamente, de yaqué. Asistía así a la primera misa, después se colocaba en el atrio, a pedir limosna. Era, en verdad, una figura notable que se destacaba del tipo común de pordioseros. La austeridad de su traje atraía las miradas y enseguida las limosnas. A su alrededor, alguien había tejido una leyenda romántica que, sabida por todos, le atraía compasiones, monedas, y a veces pesos.

La anciana le dio todos esos datos a Dionisio.

- Y gana mucho, no sé cuánto, porque jamás me dijo cuánto. Sé que tiene libreta en la caja de ahorro, tampoco sé cuánto tiene. A medida que se pone más viejo, más gana. Hace más de veinte años que es pordiosero, siempre en la misma iglesia. El párroco sabe que él gana mucho, porque a esa iglesia va gente muy rica, pero como Don Gregorio no olvida de dar buenas limosnas, el párroco mismo se encarga de hablar de él a sus feligreses, de despertar su piedad hacia el viejo. Hubo un párroco que se hacía pasar una mensualidad por Don Gregorio. Era un mal sacerdote que amenazó con desacreditarlo desde el púlpito si no le pasaba una mensualidad. ¡Ah, pero Dios lo castigó! Dios escuchó a Don Gregorio. Todas las noches, durante más de tres años, Don Gregorio pedía a la Virgen de Luján el castigo de ese mal sacerdote. Y la Virgen lo

escuchó. Una noche lo hallaron muerto, según he oído murió acostado con... ¡Dios lo perdone! Era un hombre muy gordo y rojo, dado a los placeres de la mesa y de la carne. Nunca he visto tan alegre a Don Gregorio como cuando supo de su muerte. No lo perdonó. Todavía un mes mas tarde, le oí que le pedía a la Virgen que lo hiciese condenar. Don Gregorio no perdona...

- Cristo manda perdonar...
- Don Gregorio no perdona.
- El Credo dice...
- Don Gregorio no perdona. A tu madre no la perdonó nunca.
- ¿Y qué le hizo mi madre?
- Se fue con el novio porque él no la dejaba casar. Se fue antes de cumplir los quince años.
- ¿Y se casó?
- No. Tu padre la abandonó preñada. Vos naciste en el hospital, después se empleó de sirvienta. El niño de la casa la volvió a engañar. Después, como era tan linda y los hombres son tan lujuriosos... En fin, ya ves lo que era, lo que murió siendo. ¿Estás llorando?
- ¡No, no! – el muchacho se pasó el revés de la mano por los ojos y sacudió la cabeza.
- Es la primera vez que te veo llorar por tu madre. ¿Por qué no has llorado?
- Lloro encerrado en el baño. Cuando me acuerdo de ella y siento ganas de llorar, me encierro en el baño.
- ¿Por qué?
- Para que no me vean llorar.
- ¡Qué muchacho raro sos! A veces no me parecés un chico. Me das miedo. Sos un hombre a los trece años. Tu madre era así. A los trece años ya era una mujer. ¡Pobre hija mía! ¡Tené cuidado! Los chicos como vos, si no son prudentes, son muy desgraciados en la vida... ¡Ahí viene Don Gregorio! ¿No oís su bastón en el suelo?

Entró el anciano:

- Dionisio: ya te encontré ocupación. En el taller de los Hermanos de la Corona de espinas te admiten de aprendiz. Te darán algunos centavos por día y el almuerzo.
- ¿Aprendiz de qué? – preguntó el muchacho.
- Aprendiz de carpintero.
- ¿De carpintero?
- Sí.
- No me gusta.
- ¿Qué no te gusta? ¿No fue carpintero el padre de nuestro Señor Jesucristo?
- A mí no me gusta.
- ¡Eso no importa! ¡Te guste o no te guste serás carpintero!
- ¡No!
- ¿Qué decís, maldito? ¡Maldito como tu madre!
- A mí no me gusta trabajar. Yo nunca he trabajado.
- ¡Aquí trabajarás! ¡Si querés comer, trabajarás! ¡Yo no estoy para mantener vagos! ¡Y si no trabajás, te echaré a la calle! ¿Querés arruinarme, acaso? ¿Qué pensás?
- Nada.
- En algo estás pensando.
- ¿Cuánto le cuestó yo por mes?
- Trescientos pesos.
- ¡No tanto, Don Gregorio! – se atrevió a decir la abuela.
- ¡Cállese usted! – y le dio un golpe.

Ella se apartó y volvió a decir:

- ¡No tanto, Don Gregorio!
- ¡Cállese usted! – y el viejo, iracundo, fue tras de ella que huís sin dejar de decir: ¡No tanto, Don Gregorio!... ¡No tanto, Don Gregorio!

Dionisio se interpuso:

- Don Gregorio, yo le traeré esa plata.
- ¿De dónde?
- Eso lo sé yo. Ya verá. Hasta luego.

Salió.

Súbitamente, mientras el viejo corría a la abuela, recordó que su madre guardaba algún dinero en un libro de oraciones que escondía en la cómoda. Estaba seguro que nadie lo había visto. Se encaminó a la casa de su madre. A esa hora, sus ocupantes, aves nocturnas, dormían seguramente. Llegó hasta el cuarto de su madre...

Sigilosamente se deslizó hasta el comedor. Entreabrió la puerta del dormitorio. En penumbra, sobre el lecho de su madre lo vio a él, al hombre. Dionisio entró, abrió el cajón de la cómoda donde sabía... El hombre se dio vuelta en la cama. ¡Si lo veía! Buscó un arma antes de proseguir la requisa. Vio un bastón y lo puso a su lado. Si el hombre se despertaba, lo aturdiría a golpes. Él confiaba en su fuerza. Ya sin importarle el ruido que pudiera hacer, buscó. Sí, allí estaba el libro de oraciones. Lo escondió en un bolsillo y sin preocuparse de cerrar el cajón, salió en puntas de pie. Corrió a la calle. A dos pasos de la puerta abrió el libro y buscó, ansioso. El corazón le saltó, alegre: allí había muchos papeles de cincuenta pesos. El hallazgo lo puso de buen humor. Además, tenía el libro de oraciones con el que rezaban él y su madre todos los domingos. Lo contempló con los ojos turbios de lágrimas. Lo besó.

Y un pensamiento se apoderó del muchacho: que valía la pena exponerse cinco minutos y obtener en cambio...

Se dijo: para ganar yo de carpintero, ¿cuánto tendría que trabajar? Pensó. El problema le pareció muy difícil. Llamó un taxi:

- ¡A la Chacarita, chofer!

Había decidido llevar unas flores a la madre. Hacerle la ofrenda de su primer robo.

- ¿Pero acaso he robado? – se dijo él, sorprendido de poder pensar que lo que acababa de cometer era un robo.

Ya era de noche cuando Dionisio entró en la piezucha de sus abuelos. Estos acababan de comer.

- ¡Cómo tardaste! – dijo ella. Te tengo guardada la comida.
- Ya comí – respondió el muchacho, despectivamente, y sacó el dinero.
- ¿Eh? – hipó el anciano, sin poder contenerse ante la vista de los billetes.
- Tome – le alargó Dionisio - ¡Cuenta! Son mil ochocientos pesos. Aquí le pago seis meses de pensión. Ahora tengo derecho de vivir seis meses en su casa, sin trabajar.

Después, después veremos...

El anciano hundió las pupilas en los billetes, y contaba.

- Sí, mil ochocientos – y los guardó, jubiloso.
- ¿De dónde los sacaste? – preguntó la vieja, en cuyos ojos se pintaba el rencor.
- Yo sé.
- ¿Los has robado?
- No.
- ¿Entonces?

- Eran de mamá. Estaban dentro de su libro de oraciones. Hoy me acordé que mamá guardaba allí el dinero.

- ¡Y yo he tenido ese libro de oraciones en mis manos! – Tronó la vieja - ¡No se me ocurrió abrirlo! ¡Mi Dios! ¡San Roque mío!

Parecía a punto de llorar, desesperada. El abuelo sonreía, malévolamente satisfecho. Dijo:

- ¿Ves? Por tu falta de piedad tenés tu castigo. Siempre que se tiene un libro de oraciones en la mano, se abre y se lee una oración. ¡Dios te ha castigado! Rió.

Era la primera vez que Dionisio lo oía reír.

- Había mil novecientos veinte pesos – explicó el muchacho.

- ¡Pero a mí sólo me has dado mil ochocientos!

- ¡Los otros los gasté!

- ¿Los gastaste?

- ¿Eh?

Espantados de lo que oían, los dos viejos hablaban a la vez, los ojos redondos de estupefacción:

- ¿Has gastado ciento veinte pesos?

- ¿Ciento veinte pesos en una tarde?

Dionisio explicó:

- Fui a ver a mamá. Le compré flores. Y como fui en auto...

- ¿En automóvil?

- ¿Hasta la Chacarita?

- ¿Por qué ni fuiste en subterráneo?

- En taxi se va más cómodo – explicó él.

Los viejos quedaron mudos. ¡Aquello era tan inaudito, estaba tan fuera de la órbita de sus hábitos!

- Además – prosiguió Dionisio – compré varios atados de cigarrillos.

- ¿Y para qué? – gritó el viejo.

- ¡Para fumar, pues! – respondió el muchacho, muy naturalmente.

Sacó uno. Iba a encenderlo. De un manotazo el viejo se lo sacó de la boca.

- ¡Te prohíbo fumar!

- Ya no me puedo sacar el vicio. Hace cinco años que fumo. Sacó otro cigarrillo. El viejo se lo aplastó en la boca de una bofetada. Y se disponía a darle otra, pero un puñetazo del chico, en el estómago, lo dobló. Quiso incorporarse, pero Dionisio, ciego de cólera, volvió a caer sobre él, a golpes, hasta dejarlo en el suelo. Todavía se le aupó encima, sin dejar de martillarle la espalda y la cabeza. Trabajo le costó a la anciana arrancar al muchacho de encima del viejo. Este gemía, casi sin sentido, quebrado. La mujer lo arrastró hasta la cama, sobre la que lo tiró como si fuese una bolsa.

Dionisio encendió un cigarrillo, victorioso. El abuelo, desde la cama, entre ayes, lo maldecía: Invocaba a todos los santos contra él. Rogaba a Dios que acumulara todos los castigos sobre su nieto. La temblorosa mano trazaba cruces en el aire. Sus dientes rechinaban de cólera impotente.

Dionisio fumaba, tranquilamente, ajeno a las maldiciones que sobre él caían, como cuervos que no se atrevieran a hincarle la filosa garra sucia ni el corvo pico sangriento. La abuela lo contemplaba con admiración idólatra.

- ¡Que el todopoderoso te deje mudo, ciego y paralítico! - No dejaba de imprecicar el anciano con voz profética.

- Que la Virgen de Luján te...

- ¡San Luis Gonzaga y San Roque lo protegerán! – lo interrumpió la abuela.

El anciano, iracundo, intentó incorporarse en el lecho.

- ¡Maldita seas! ¡Verás!

Pero se tiró de nuevo, dolorido, entre lamentaciones. Ella, al verlo impotente, se vengaba:

- Yo le pediré todas las bendiciones a San Roque para él y como él se las pedirá a San Luis Gonzaga, la Virgen va a tener que pelear contra dos santos. No va a tener suficiente poder.

- ¡Ella lo puede todo!

- Contra nosotros, simples mortales; pero no va a poder contra dos santos...

- ¡Maldita seas, maldita!

El viejo lloraba de ira y de impotencia. La otra cebábase en él, vengándose, feliz de poder hablar sin que el golpe que había epilogado sus disputas, durante más de cuarenta años, la amenazara:

- Es inútil que pidas lo que pidas a tu Virgen. Entre San Roque y San Luis Gonzaga la venceremos.

- ¡Cállese!

Dionisio, de pie, ordenaba a su abuela.

- ¿Qué? – preguntó ella, asombrada.

- ¡Que se calle! – volvió a ordenar él, y dio un paso, amenazante.

- ¿Pero serías capaz de pegarme a mí también?

- ¡Sí!

Dio otro paso.

Pero...

- ¡Cállese!

La vieja, atemorizada, calló, animal habituado a la obediencia. Quedaron así un buen rato, silenciosos. Dionisio había encendido otro cigarrillo. La abuela lo miraba con una expresión rara en su semblante abotagado y por lo común, inexpresivo. El anciano, al parecer, dormía.

Ella, en puntas de pie, fue a mirarlo. Lo contempló unos minutos y volvióse a Dionisio:

- ¡Duerme!

- ¿Y qué?

- ¡Chit! – hizo ella, misteriosamente, y fue junto al muchacho -. Te voy a decir lo que pienso: pienso que los dos debemos irnos a vivir a otra parte. Ya estoy cansada del viejo. Es un avaro. Además, ahora yo tengo plata. Ayer estuve con el abogado. Le llevé tres fotografías de Margarita; me dio bastantes pesos por cada una. ¡Cómo la quería el abogado! ¿Pero por qué lo habrá dejado ella? ¡Un hombre tan rico!

- ¿Y ahora me viene con eso?

- Tenés razón, sí. Escuchame: ¿querés que lo dejemos al avaro? – le hablaba casi al oído, susurrante.

- ¡Dejémoslo! – Dijo el muchacho - ¡Por lo que me importa de él!

- ¿Te querés venir conmigo? Yo pediré limosna y viviremos. ¿Querés?

- Me es igual. ¡Vamos!

- ¡Bueno! – y lo besó -. Te voy a decir lo que pienso: en el fondo del yaqué el viejo guarda plata. Yo lo he visto varias veces, haciéndome la dormida. Descose el forro y mete dinero. Y no creas que papeles de uno o de cinco. De cincuenta y de cien. ¡Yo lo he visto! Y también guarda allí la libreta del banco. Seguramente, cuando ya tiene mucho lo lleva a depositar...

- ¿Entonces quiere que le robemos el yaqué y antes de irnos le saquemos la plata?

- Sí.

- ¡Vamos! – Y Dionisio se puso de pie, decidido a la aventura -. Déjeme a mí, yo me pinto solo para estas cosas.

- Sé dónde guarda el yaqué siempre. Debajo de la almohada. Y tiene un sueño muy liviano, te va a sentir y va a gritar. Pueden oír los vecinos...

- Y... – buscó a su alrededor y tomó una botella – Si me siente, le doy un golpe con esto. Lo aturdo.

- ¡No! – Mejor es atarlo y amordazarlo. ¿Querés?

- Bueno.

Con ropas viejas prepararon las ligaduras. Y se echaron sobre el viejo. En tanto ella lo amordazaba, Dionisio le ató las manos atrás, después los pies. El viejo había despertado. Intuyendo lo que ocurría, intentaba gritar. Sólo producía un rumor ronco. Cuando Dionisio terminó, se acercó a la vieja. Ya ésta había descosido el yaqué y sacaba los billetes del forro. Comenzaron a contar, admirados: cien, doscientos, trescientos... y salió la libreta también. Dionisio leyó, estupefacto: 137.876 pesos con 27 centavos.

- ¡Una fortuna! ¿Y haciendo esta v ida? ¿Pero para qué guarda esa plata? ¡137.876! La vieja no atinaba ni a exclamar. Girando la libreta entre sus dedos temblorosos, la miraba. Dijo al fin:

- ¿Y si llevamos la libreta?

- ¿Qué?

- ¿No nos darán la plata a nosotros?

- No. Tiene que firmar él.

- ¿Entonces?

- No nos sirve para nada. ¡Dejémosela!

- ¿Cuánto decís que hay?

- 137.876 pesos con 27 centavos.

- Ciento treinta y siete mil... – balbuceó ella, incapaz de concebir tal suma.

Quedó como en un anonadamiento, meditando. Dionisio le habló.

- Bueno. ¿Y ahora?

- Nos vamos. Buscaremos pieza para los dos – y comenzó a guardarse los billetes en las medias, bajo las ligas.

- ¿No llevamos nada?

- Sí, mi ropa. No tengo mucha. Aquel avaro no me compraba nada. Hizo un pequeño bulto.

El viejo seguía intentando gritar, debatiéndose con sus ligaduras. Dionisio le habló:

- ¡137.876 pesos! ¿Pero qué piensa hacer con esa plata? ¿Piensa llevársela en el cajón?

- ¡Adiós, viejo! – dijo ella - ¡se acabaron los gritos y los golpes! ¡Adiós!

El viejo, debatiéndose aún más, su ronquido era un estertor; al ver que le llevaban su dinero del yaqué se desesperaba. Los ojos bailoteábanle en las órbitas, desencajados, encendidos de furor.

- ¿Dónde iremos a pasar la noche?

- Vamos a una lechería.

Apagaron la lámpara y salieron. De puntillas, para no alarmar a los vecinos, se dirigieron a la puerta de calle. La abrieron y comenzaron a caminar, en busca de una lechería.

La vieja retozaba. Dionisio, indiferente, no escuchaba siquiera sus proyectos, sus cálculos. Pasó un taxi y lo llamó, a pesar de que la abuela lo tiraba de un brazo para que no lo hiciera. Ya instalados en él, le explicó:

- Tenemos que alejarnos. Mañana los vecinos descubrirán al viejo atado. Darán parte a la policía...

- ¿La policía? ¡Es verdad!

- Vamos a buscar una pieza lejos. ¡Buenos Aires es tan grande!

La vieja, efusiva, abrazándolo, lo besó muchas veces.

- Mi nieto, mi nietito, ¡mi nietito querido!

El la apartó, casi con asco.

- ¡No haga macanas, abuela! ¡Está apestando a vino! ¿No estará borracha? A lo mejor todo esto lo ha ideado borracha. ¡Y yo la he seguido! Estoy pensando que nos puede ir mal, en fin, ¡ya veremos!

El automóvil apuñaleaba las sombras con la luz de sus faros, con sus cuatro ruedas vertiginosas.

A eso de las ocho de la mañana encontraron una pieza que les gustó. Un altillo al que, después de regatear buen rato, la vieja ajustó.

Se instalaron. Les bastó para eso el bulto de ropas.

- ¡Bueno! Ahora compraré dos catres, una mesa, dos bancos.

Dionisio bromeó:

- No se vaya a arruinar con el mobiliario.

- No, perdé cuidado que yo sé cuidar los pesos. En toda mi vida no he tenido un centavo mío, ya verás si sabré cuidar estos.

- Hablando de pesos, necesito que me dé plata.

- ¿Qué? – interrogó la anciana, dando un paso atrás, temerosa. ¿Cuánto?

- No sé cuánto...

- ¡No, no, no!

- Es para hacerle una lápida a mamá. ¡Viese como la han enterrado! Sin una inscripción, sin una cruz. ¡Nada! Le voy a mandar hacer una lápida de mármol y en letras de oro que diga: “A nuestra querida Margarita. Siempre la recordarán su hijo y su madre”.

- ¿Y eso va a valer?... ¡Mucho!

- Y arriba una cruz de mármol negro.

- Y no pongas la cruz.

Dionisio se impacientó:

- ¡Qué tanto mezquinar! De eso que sacamos del yaqué la mitad es mía. ¿No los robamos juntos? ¿Acaso se los pido para mí? Se los pido para su hija, para que no esté enterrada como un perro, sin que nadie sepa quién está allí.

- Entonces quiere decir que ahora me vas a querer quitar mi plata vos?

- Esta vez, porque es para eso...

- Y otra vez para otra cosa. ¡Ya te voy conociendo a vos también! ¡Sos un!...

- ¡Cállese! – Ordenó Dionisio, imperante - ¿Va a hacer escándalo desde el primer día? – cerró la puerta - ¿me los da o no me los da?

La vieja, llorisqueante, suplicó:

- No me saqués esta platita. ¡Dionisio, por favor, Dionisio!

- Si no es para mí. Es para...

La abuela tuvo una resolución súbita:

- Sí. Te los daré. Tomá – y comenzó a sacarlos de la media -. Diez, veinte, treinta...

¿cómo le vas a poner en la inscripción con letras de oro?

- “A nuestra querida Margarita, siempre la recordarán su hijo y su madre”.

- Poneme a mí primero: “Siempre la recordarán su madre y su hijo”.

- Bueno. Y le agregaré: “y su hijo Dionisio”.

- Ah, vos te ponés el nombre, poneme el mío también.

- Bueno. Pondré: “Siempre la recordarán su madre Flora y su hijo Dionisio”.

- Muy bien.

- ¿Está contenta?

- Sí.

- Cuando la vayamos a visitar, los que visitan las tumbas cercanas no nos mirarán con desprecio como me miraban a mí ayer. ¡Es claro! Una tumba pelada, sin una cruz siquiera...

- Andá. Cuando vuelvas ya tendrás todo aquí. Y el almuerzo preparado.

- Hasta luego

La vieja lo miró bajar la escalera, atravesar el patio, alejarse... Una expresión de astucia se había extendido como una máscara por su semblante. Después bajó también ella.

Dionisio tomó un taxi y se dirigió a una de las marmolerías cercanas al cementerio.

Eligió la lápida y la cruz. Dio la seña. Para el día siguiente estaría listo.

Y se fue a rezar a la tumba de la madre. Allí de rodillas, rezando a la madre, el muchacho sentía como que su espíritu se desnudara del ropaje áspero con el que actuaba en la vida entre los demás. Allí era siempre el pequeño niño mimado que fue para la madre, hasta el día mismo que ella salió, ya muy enferma, a operarse en el hospital, para morir. Dionisio allí sentíase totalmente bueno, recapacitaba, comprendía cuánto de malo pudiera haber hecho. La otra vez le había ocurrido lo mismo. Y de rodillas, rezando ante aquel pedazo de tierra donde dormía quien tanto lo había querido, el muchacho se enternecía, se ablandaba, colmaba de sanos propósitos su pensamiento, se arrepentía hasta la angustia... Quizás, no bien salido a la calle, se volvería a olvidar de cuanto se prometiera a sí mismo, como si se lo prometiera a su madre viva. Tal le ocurrió la otra vez. Iba rebozante de los más puros propósitos y sin embargo, olvidándolos, había pegado al abuelo y le había robado.

- Te prometo, mamá. Voy a ser bueno. Voy a trabajar de cualquier cosa. Te prometo, mamá.

Y se hundió en sus oraciones fervorosamente. Lloró.

Ya en la calle, iba a llamar un automóvil, pero quiso mortificarse en castigo a las malas acciones cometidas.

Iré a pie – se dijo.

Y echó a andar.

Entró contento a la casa. Iba a abrazar a la abuela, le iba a prometer que iba a ser muy bueno, que iba a trabajar, que no le iba a pedir ni un centavo más. Pero que ella no bebiese tampoco...

Comenzó a subir la escalera.

- ¿Eh, adónde va?

Le hablaba la encargada.

- Voy a la pieza.

- Su abuela no está.

- ¿Cómo no está?

Le explicó:

- Sí. Esta mañana me vino a pedir que le devolviese la seña. Como es un cuarto que se alquila fácil, se la devolví. Mire. Ya están los nuevos inquilinos.

- Pero... ¿Y mi abuela dónde se fue?

- No me dijo. Como no había traído muebles. Alzó su bulto y no sé más nada- Era evidente: lo había abandonado.

Dionisio giró la vista, de pronto se sintió invadir por una ola de rabia. Todos sus buenos propósitos se ahogaron en esa ola. Precisamente esto le había ocurrido siempre: cada vez que se propuso ser bueno, alguien le había hecho saltar desde adentro de él mismo, esta ola de rabia que lo enceguecía.

- ¡Adiós! – dijo.

Hundiendo las manos en los bolsillos, salió a la calle...

Monologaba como si dialogase, en voz alta:

- Ya ves, mamá. No se puede ser bueno, mamá. Es muy fácil decirte allí: Te prometo, mamá. Pero aquí es otra cosa, ya ves, otra cosa... ¡Aquí, ya lo ves, mamá!

Dos chiquilines con una pelota hecha de papeles, jugando al fútbol. Dionisio les arrebató la pelota y siguió. Uno de los chiquillos corrió tras él.

- ¡Dame la pelota, dame la pelota!

Como si no lo oyera, proseguía...

- ¡Dame la pelota, ladrón!

Se volvió hacia él y, con toda su rabia, le dio un puñetazo en la nariz. La sangre empurpuró el rostro del chico.

Echó a correr.

CUASIMODO, ENAMORADO

"Una mala acción no muere nunca. Yo sé de manchas en manos de niños que más tarde serán para el hombre una vergüenza entre sus recuerdos de infancia."

AXEL MUNTHE

Huérfano a los tres años, Agenor fue recogido por su tía Jerónima, hermana de la madre. El chico era feo y deforme: cabeza desmesurada, jorobado de pecho, las piernas cortas. La tía dudó mucho antes de aceptarlo en su casa, pero como era la pariente más cercana del huérfano, y sin hijos, se vio obligada a hacerlo. Se vengó poniéndole un sobrenombre: Cuasimodo. Entre sus escasas lecturas, hallábase la novela de Víctor Hugo. La descripción del monstruoso campanero de Notre Dame se le quedó grabada. Lo vio reproducido en Agenor. Este, andando el tiempo, casi había olvidado su nombre. Todos lo llamaban Cuasimodo o Cuasi, aunque pocos sabían por qué lo llamaban con ese raro nombre.

Cuasimodo se ubicó en la casa de su tía y fue creciendo. Si por fuera parecía monstruoso, no lo era totalmente. Aquel cabezón, jorobado, feo, ancha la nariz, ancha la boca, orejas de asa, escaso de frente, el pelo crinado y negrísimo cayéndole sobre ella, desgredado, rebelde al cepillo, tenía un alma de común denominador. Era como la mayoría. Fue al colegio, repitió algunos grados y al salir del séptimo, su tío lo empleó en su escribanía donde pasaba de la máquina de escribir a la escoba, indiferentemente, aviniéndose a todo, sin ambiciones ni protestas.

Ahora tiene casi catorce años. Hosco, anda como una sombra por la casa. Su pasión: el fútbol. Es lo único que lo hace hablar. Junto a la radio. Ansioso, fulgurantes los ojos oscuros, sigue las contingencias de los partidos. Lee con avidez los diarios de la tarde y las revistas especializadas en fútbol. Es el arquetipo del hincha. Ocurra lo que ocurra, a Cuasimodo nada lo conmueve, nada le interesa. Se habla de guerras y revoluciones, él continúa comiendo. Se habla de crímenes o de pestes, Cuasimodo escucha, ajeno a todo. Sobre nada opina, excepto de fútbol. En la casa de sus tíos tiene techo, comida, ropa y, a veces, dinero para asistir a los partidos de Boca Júnior, el club del cual es hincha.

Cuasimodo no necesita más. ¿Es feliz? ¿Es desdichado por su deformidad? No se sabe. Nadie le ha hecho esa pregunta. El tampoco nunca se la ha hecho. ¿Desgraciado, feliz? Quizás fuera feliz hasta hace una semana, porque desde hace una semana Cuasimodo es desdichado.

¿Qué le ocurre? Algo terrible: se ha enamorado. Hace una semana que a la casa llegó Teodora, dieciocho años relampagueantes. Teodora es la nueva mucama. Su presencia deslumbró a Cuasimodo. Y sigue deslumbrado. Apenas le dirige la palabra, pero la ve pasar, la oye cantar alguna letra de tango y todo él se electriza. Teodora, ajena al sentimiento que ha provocado, le habla con singular dulzura, le sonríe, quizás llevada oír esa compasión que las muchachas lindas, siempre agasajadas, sienten por los hombres feos. Además ella es ya una mujer de dieciocho años, a Cuasimodo lo ve casi un niño. Lo ve monstruoso, con esa cabezota a la cual ni la mirada dura ni la sonrisa, que es una mueca, dulcifican. Lo ve solitario, silencioso y algo así como más objeto que perdona dentro de la casa. Lo saluda, sonriente, obsequiosa lo sirve. Cuasimodo, sin agudeza para discernir qué sentimiento puede sustentar para con él aquella muchacha

linda, ya acostumbrado a su propia deformidad, supone que lo sentido por él hacia ella es lo que ella hacia él siente.

Y un día decide hacerle un regalo. Sobre el tocador de su tía ha visto un frasco de perfume. Está allí desde hace meses. Regalo de alguna pariente a la que la tía desdeña y lo deja allí, abandonado. Cuasimodo lo roba. Nadie repara en que el frasco de perfume falta del tocador. Pasan días. El enamorado Cuasimodo ha hecho su plan: el domingo, cuando Teodora salga, irá tras de ella y le obsequiará el frasco de perfume. Nada más por ahora. ¿Después? Después ya encontrará qué regalarle. No le sobra el dinero, es verdad, pero sus tíos son descuidados, la cartera de la tía queda sobre cualquier mueble. Como a él nunca se le ha ocurrido que puede abrirla, le tienen confianza. ¡Ya se procurará dinero para regalar a Teodora!

El domingo se viste como si fuera a un partido. Y sale. Lleva el frasco de perfume envuelto en un diario. Se oculta detrás de un automóvil y espera. Espera, y los minutos se le alargan, ansiosos. ¡Ya está ella allí! La ve cruzar la esquina y la sigue. La observa: ligera y leve, graciosa y gentil. Es la juventud, la belleza, la alegría... Pero Cuasimodo se detiene. En la otra esquina Teodora se encuentra con un joven y se besan. Luego, tomados del brazo, bizarramente, se han alejado entre el gentío. Cuasimodo no da un paso. No duda, aquel joven y Teodora... Su primer impulso es el de estrellar el frasco de perfume contra el suelo. Una ola de odio, ¿de odio contra quién? Lo contiene, porque su odio, duende malvado, le acaba de hablar al oído, lo aconseja.

- ¡Sí, lo haré! – se dice en voz alta, como si, escuchando la voz de su odio, le respondiera.

Y lo hace:

Corre a la casa, abre el frasco de perfume, entra al cuarto de Teodora, derrama un poco sobre una bata que ella dejó sobre la cama y con el frasco en la mano se presenta a su tía:

- Tía, ¿este perfume es tuyo?

- Sí, me lo regaló ulema, pero no me gusta. ¿Lo querés?

- No, lo traigo para decirte que lo encontré en el cuarto de Teodora.

El tío que lee un diario levanta la vista. Se alarma:

- ¿Qué? ¿Un robo?

Cuasimodo explica:

Hoy, cuando salí, al pasar le tomé olor a perfume. No sé por qué, me acordé del que había sobre el tocador. Fui a ver. No estaba. Entonces se me ocurrió ir al cuarto de Teodora. Allí, en un cajón, estaba el frasco abierto...

- ¡Ladrona! – exclama el tío.

- No es nada – interviene la mujer.

- ¿Cómo, nada? – la interrumpe el hombre, indignado -. Hoy roba un perfume, mañana robará una alhaja. ¡Es preciso desenmascarar a la ladrona!

Y esa noche, no bien la muchacha llega, la hacen comparecer ante los tíos. La acusan. La amenazan:

- ¿Usted sabe que este pequeño robo le puede costar años de cárcel? – grita el hombre de leyes.

Ella niega y también se encoleriza.

Pregunta:

- ¿Por qué me acusan a mí? ¿Por qué esta injusticia conmigo?

Es necesario, es imprescindible, presentar pruebas. Se llama a Cuasimodo.

- Sí – afirma éste – yo encontré ese perfume abierto en un cajón de su cómoda. Hasta sentí el olor en una bata que usted dejó sobre la cama.

- ¡Miente, miente! – grita la muchacha, sollozante.

Cuasimodo también grita:

- ¡Usted miente, usted, ladrona!

- ¡Monstruo! – lo injuria ella.

- ¡Basta! – Se impone el tío – no llamaré a la policía por tan poca cosa, pero usted no puede quedar un segundo más en esta casa. Jerónima, pagale ¡y adiós!

La muchacha ya no grita, ya no llora. De súbito pareciera que comprendiese por qué ese muchacho feo está haciendo lo que hace. Saca el pañuelo, se borra las lágrimas de los ojos, y dice, quedamente, dirigiéndose a Cuasimodo que la mira de soslayo:

- me estás haciendo mal, mucho mal. ¡No importa! ¡Si supieras la lástima que le tengo!

Va a seguir hablando, calla de pronto y se resuelve. Se va.

Días más tarde, un atardecer, Cuasimodo cruza la plaza del Congreso y se siente atrapado. Una voz:

- ¡Canalla! ¿Por qué la acusaste de ladrona?

Se ve sacudido violentamente. Delante de él, agresivo, descompuesta la faz, reconoce al joven que se encontró con Teodora aquel domingo. No atina a responder ni a defenderse. El otro lo sacude más violentamente aún, y eleva la voz:

- ¡Canalla! ¡Canalla!

Entonces interviene Teodora. Se interpone, aparta al agresor:

- ¡Dejalo, Jaime!

- Se merece que le rompa la jeta por mentiroso. ¡Calumniador!

- ¡Dejalo!, No le hagas nada. Es peor castigo así, dejarlo que se arrepienta – y volviéndose a Cuasimodo, dulcemente, le dice -: te aseguro, a pesar de todo el mal que me hiciste, no te odio. Yo no quisiera nunca hacer lo que me hiciste. Si yo alguna vez hiciera con alguien lo que vos hiciste, te lo juro: no podría dormir más en mi vida...

¡Adiós, vamos!

Y empuja al otro. Se lo lleva.

Cuasimodo vuelve a la casa, se tumba sobre la cama y, de pronto, sin saber por qué, rompe a llorar. Lloro desesperadamente. Es la primera vez que llora. Nunca había llorado en su vida.

VINTEN

"No todos somos aptos para todo y, antes bien, las almas se parecen a los terrenos: algunos se prestan mejor para el pasto y la crianza de animales y otros para el cultivo de trigo o de los viñedos; pero no hay terreno absolutamente improductivo."

VITTORINO DE FELTRE

Son las tres de la tarde; el sol, un sol desbordante, un sol de diciembre, derrocha calor y luz sobre la plaza de Los Dos Congresos. Se posa sobre los árboles, sobre los niños que juegan, sobre los viejos jubilados que miran a los niños molestos por sus carreras y su bullicio, probablemente envidiosos. Sol y verde, una tarde como para inundarse todo de alegría; sin embargo, Vintén está triste. Lentamente, vagando sin rumbo, va de un lado a otro de la plaza. Sube al monumento, se asoma a contemplar el agua que surge, irisada, de las fuentes. ¿Qué hacer? No sabe. Se sienta en un banco. Medita...

- ¿Qué te pasa, muchacho? – Vintén repara entonces, al oírlo hablar, en su compañero de banco. Es un joven correctamente vestido, traje y zapatos nuevos, reloj de oro en la muñeca. Le sonrío. Responde:
- ¿Qué me pasa? – suspira -. Nada bueno. Ando en busca de trabajo...
- ¿Y el trabajo te dispara, te hace gambetas? Sé bien lo que es eso. Yo lo he pasado a tu edad. Ahora, por suerte...
- ¿Encontró trabajo?
- Ya me ves – y señala su traje, sus zapatos nuevos, su reloj, saca la billetera, abultada -. Mirá, papeles de cien, de mil... ¿qué te parece? ¿Te da canina?
- Tiene suerte, yo en cambio...
- La suerte no viene sola, che. A la suerte hay que buscarla, se la encuentra y se la lleva uno al bolsillo, a puntapiés. ¿Te das cuenta? ¿Qué decís?
- Así será. Yo ando desde esta mañana a las seis buscando trabajo, ¡y minga!
- No busques al trabajo, buscá a la suerte. ¿Cómo te llamás?
- Claro Michol. Pero todos me dicen Vintén porque soy uruguayo, nací en Montevideo, como mi madre. Mi padrastro es argentino, sargento...
- ¿De policía?
- No, del ejército. El me puso Vintén de sobrenombre.
- ¿Cuántos años tenés?
- Trece.
- Sos pibe todavía. Yo te echaba más. Parecés fuerte.
- Lástima esto – y señala su pie derecho – soy rengo. En una carrera de bicicleta me caí, y quedé rengo. Mi padrastro desde entonces me tomó rabia. El hubiera querido que yo entrara Colegio Militar. Así no me reciben. ¡Mi padrastro...bah! ¿Para qué voy a contarle? A usted no le importa.
- Sí me importa. Contá, muchacho.
- ¡Es un bruto mi padrastro! Todo lo arregla a gritos o amenazando patadas. ¿Sabe por qué ando por aquí ahora, y sin comer desde anoche? Me echó de casa. Me dijo: “Andá buscate trabajo. No volvés hasta que no lo encuentres”. ¿Cómo encontrar laburo? No es fácil para un chico de trece años. Hay mucha desocupación. Fui a algunas agencias. Se rieron de mí, a algunos comercios, ya tenían muchachos...¿Qué voy a hacer?
- ¿Querés trabajar conmigo?

- ¡Encantado!
 - Vení. Por lo pronto, te voy a dar de comer. Estás con hambre, supongo.
 - Ya le dije, desde anoche, ¡nada! Y viera qué modo de comer anoche. Mi padraastro gritándome, insultándome; mi madre y mis dos hermanas menores que yo, las tres llorando. Mi padraastro me dice "rengo". ¿Tengo yo la culpa de ser rengo? Me dice: uruguayo, ¿es una deshonra ser uruguayo? Si él cree que es una deshonra, ¿por qué se casó con mi madre, que es uruguayaya?
 - Yo también soy uruguayo. Nací en Colonia. Buen, olvidá al bruto de tu padraastro y vení a comer. Allí a la vuelta hay un restorán con parrilla. ¿Te comerías un asado con ensalada?
 - ¡La pregunta! ¡Me comería un toro entero!
 - Tomaré una copa y te veré tragar. Me gusta ver a los que comen con hambre. Yo nunca tengo hambre.
 - ¡Feliz de usted! Bueno, usted es rico, los ricos nunca tienen hambre.
 - Porque han comido y porque saben que van a comer. Vení Claro, yo te voy a llamar por tu nombre, no por el apodo que te puso el charrasca de tu padraastro. A mí llámame Benigno. Es mi nombre. No tengo apellido. Es decir, tengo, pero es mejor que no lo sepas.
- Hablan caminando. Entran al restorán. Benigno pide una ginebra, el muchacho mastica. Al salir, Benigno habla:
- ¿Cómo estás ahora?
 - ¡Macanudo! ¡Qué rico el asado y las papas fritas y el flan! Sobretudo, comer sin que lo estén mirando a uno con ojos de fiera. ¡Viese los ojos de mi padraastro! Negros, colorados, ¡qué se yo! Parecen carbones encendidos. Bronca porque tengo hambre. Me dice "parásito", "cajón de basura", porque yo como cuanto me dan. Me indigesta la comida.
 - Olvidate de la bestia esa.
 - No puedo olvidarlo. De buena gana... – duda.
 - ¿Qué?
 - ¡De buena gana lo mataría!
 - ¡Olvidalo! Conmigo has encontrado la suerte. Entremos. Esta es mi casa. Vivo solo.
 - Yo lo creía rico... – dice Vintén al entrar en una casa de pensión de aspecto pobre.
 - No soy rico, pero sé rebuscármelas para llenar la cartera con papeles de a mil, si viene el caso. Mirá. Tengo dos camas. Antes vivía conmigo un muchacho de tu edad, más o menos. ¡Un lince!
- Lo cazó la policía, ahora está en un reformatorio.
- ¿Por qué lo cazó la policía?
 - Te voy a ser franco: por ladrón.
 - ¿Y usted lo dice así, tan fresco?
 - ¡Si yo también soy ladrón!
 - ¿Ladrón?
 - ¿Te asusta la palabra? No seas gil. Todos son ladrones en el mundo. Hay ladrones amparados por la ley y otros fuera de la ley. Sentate y te voy a explicar el trabajo que vas a hacer conmigo. ¿Querés un guindado? Es de Montevideo. ¿Te gusta? ¿Otra copa?
 - Bueno, es rico.
 - Aquí tenés la botella, si te gusta prendete a la teta.
 - Es generoso usted, señor.
 - No me llames señor. ¡No faltaba más! Llamame Benigno o Beni, como me dicen los compañeros. Ya te los presentaré. ¡Hay cada bicho! ¿Decís que soy generoso?

- Ya lo creo. Viese mi padraastro, un miserable, siempre protesta porque se gastaducha luz eléctrica, o mucho gas, o porque los zapatos de mis hermanas se han roto o...
- No me nombrés más a tu padraastro. ¿Sabés por qué soy generoso? Porque no me cuesta ganar los morlacos. El de ladrón, chorro, según nos dicen los de la poli, es un trabajo que cuesta poco trabajo. Es cierto, si nos pescan, ¡a la cafúa! Si nos resistimos, ¡bala! ¡Y al cementerio! Yo no llevo nunca revólver, para no tentarme y resistir. ¿Qué mirás con esos ojos de asustado?
- Lo bien vestido que anda. Nadie creería que es un ladrón. Yo suponía que los ladrones andaban en alpargatas, en camiseta, mal peinados, sin afeitarse.
- Esos son los ladrones que arruinan el oficio, che. Nosotros, los ladrones finos, somos cajetillas. ¿Quién va a suponer que yo, con esta pinta, buen mozo, simpático y cortés, soy un ladrón?
- Nadie.
- Todo adelanta, muchacho. Es el progreso. Escuchá el laburo que vamos a hacer mañana a la noche. Abrí las orejas. Parecés inteligente. Vas a servir. ¡Pobre el pibe Gato! Así le decíamos al que me ayudaba antes. ¡Lo vieses! Ágil, una luz el chico. Y le decíamos gato porque caía parado siempre. Se le escurría de entre las uñas a la poli. Bien, abrí las orejas y escuchá lo que te voy a decir. Metele a otro guindado, eso ayuda a entender estas cosas...
- Medianoche. Vintén está dispuesto a secundar a Benigno en el plan que éste ha proyectado. En la cortada de las calles Pozos y Estados Unidos, no muy alumbrada, y sola, ya que la noche está bastante fría, pese al mes de diciembre; Vintén, sentado sobre una valija, espera.
- De pronto aparece Benigno, camina apresurado, y le susurra:
- ¡A ese que viene detrás de mí! – pasa y se esconde en el hueco de una puerta. Unos minutos después aparece dando vuelta a la esquina de la cortada, un hombre gordo. Camina lentamente. Vintén le sale al paso:
- ¿Señor, me ayuda? – y señala la valija – está muy pesada y no puedo subírmela al hombro. ¿Me ayuda?
- El hombre se agacha para levantar la valija. Benigno da un salto felonamente, cachiporra en mano, y, de atrás, golpea al hombre. Este cae. El le registra los bolsillos, saca una billetera, la guarda. Abre la valija, tira los ladrillos que la hacían pesada y se la da a Vintén.
- Tomá, la dejás por ahí, al pie de un árbol. Seguí por la calle Sarandí, después te vas para Entre Ríos, sin correr, muchacho, como si no hubiésemos hecho nada, ¿eh? Yo voy por este otro lado. Te espero en la plaza, en el banco donde nos conocimos. ¡Te has portado! Andá, sin correr, el que corre despierta desconfianza. ¡Andá!
- ¿Lo habrá muerto a ese?
- No, ya se mueve. ¡Vamos!
- Y se aparta. Silba.
- Vintén hace lo que le indicó Benigno. Toma un ómnibus. Al llegar a la plaza no lo ve. Se sienta en el banco a esperarle. Todo ha sido tan rápido que le parece mentira. Siente como un aturdimiento. Lo tocan en la espalda. Pega un salto.
- Eh, no es la poli, no te asustes, pibe. Soy yo. Tardé porque estuve tomando unas copas en un boliche. Hace frío. Vení. Vamos a un restorán de la calle Alsina, después de las doce dan un puchero formidable. Vamos a festejar el éxito del trabajo. La cartera tiene diez mil pesos. ¿Qué te parece? Para ganar diez mil guyos trabajando hay que sudarla, ¿no?... ¿Por qué ponés esos ojos de pescado que se ahoga? ¿Tenés miedo?
- No estoy acostumbrado
- ¡Ya te acostumbrarás! ¡Tengo un hambre!

- Yo también.

Ya han comido. Vintén más que el otro. Este ha bebido mucho.

- Ahora vamos al duerme. No ha sido malo el golpe.

Benigno se desviste, se tira sobre la cama y pronto ronca.

Vintén medita: él sacó diez mil pesos y no me ha dado nada a mí. Es cierto, me pagó la comida. Lo observa. Benigno sigue roncando. En puntas de pie el muchacho se acerca a la silla donde el otro dejó los pantalones. Saca la cartera robada. Cuenta el dinero. Sí, son diez mil. Aunque sea me debió dar mil pesos. Se guardó todo para él. Lo vuelve a observar. Benigno continúa durmiendo. Ha bebido dos o tres botellas de vino. No se despertará – piensa Vintén. Y de súbito le asalta la idea: ¿si le robara la cartera con los diez mil pesos?

Dubita. No lo hace. Deja el dinero en el bolsillo del pantalón y se tira sobre la cama.

Está nervioso. Le cuesta dormirse, a él, que no bien pone la cabeza en la almohada, ya está roncando.

Cuando abre los ojos el sol entra por las rendijas de la ventana. Benigno, de pie, lee un diario:

- ¿Te despertaste? ¡Cómo has apolillado! Van a ser las doce. Aquí hablan de nuestro asunto. No murió el gordo. Lo encontraron a eso de las dos de la mañana. Lee. Hablan de vos...

- ¿Cómo de mí? – pregunta Vintén, alarmado.

- No de vos, precisamente. Hablan del chico de la valija. ¡Es claro! Este es un trabajo que hice otras veces. Tenemos que cambiar por un tiempo. Ya se me ocurrirá algo.

Tomá – y pone en la mano de Vintén varios billetes.

- ¿Qué me da?

- Tres mil pesos. ¿Te parece poco?

Va a hablar, sólo dice:

- Pero... – y enmudece.

- ¿Pero qué? ¿Poco?

- ¡Mucho! ¡Demasiado!

- Sos un caído del catre. ¿Y qué vas a hacer con esos tres mil?

- Se los voy a llevar a mi mamá.

- ¿Estás loco? ¿No ves que tu padrastro va a querer averiguar cómo ganaste ese dinero?

Y palabra va, palabra viene; al fin vas a largar todo. ¡Y a mí me embolsan por un montón de años! ¿Qué decís? ¡Hablá! ¿Qué te pasa? Algo te pasa. ¿Por qué te has quedado triste?

- le voy a decir la verdad. Anoche, cuando usted se quedó dormido, yo pensé: ¿y si le robo los diez mil pesos para llevárselos a mamá? ¡Qué alegrón le daría! Ella siempre anda a los tirones con el dinero. No me animé a robárselos. Pensé: es una mala acción. El ha sido generoso conmigo. Ya ve, ahora usted me da esto. Pensé en robárselo porque creí que se guardaba todo. Estoy arrepentido.

- No hables – lo interrumpe Benigno – dame los tres mil. Y largate. No te quiero ver más. No vas a servirme. Veo que sos un nene de tu mamá. ¡Hablarme de arrepentimiento! ¡Andate! Si te quedás un segundo más, voy a romperte a patadas.

¡Fuera de aquí, enseguida!

Y avanza amenazante.

Vintén, amedrentado, escapa.

EL ESPEJO

"Los padres son grandes culpables. En vez de ocultar al niño lo que es el amor, en vez de falsearle el espíritu, de turbarle el corazón mostrándoselo como un misterio terrible o como un innoble pecado, si tuvieran la inteligencia de explicárselo francamente, de enseñárselo como se le enseña a andar... Pues bien, no sería lo que es el mundo."

MIRABEAU

Al buscar una camisa, porque hoy es domingo y piensa ir al cine del pueblo, Ezequiel tropieza con el espejo guardado en el cajón de la cómoda. Es un pequeño espejo con marco de plata. Ezequiel lo toma, lo mira y se mira en él, queda un instante pensativo; el rostro se le cubre de tristeza un minuto, y vuelve a guardar el espejo entre las ropas. Ezequiel es un hombre ya maduro, vigoroso, tostado por el sol, el arquetipo del chacarero, del hombre que, desde niño, al aire libre, ocupó sus manos - sus manazas más bien - en las duras tareas campesinas. Se viste y sale. Al pasar por el comedor, la otra pieza del rancho, habla a sus dos hijos: Albano y Barnabás. Son mellizos y no lo parecen. Los catorce años del primero, alto, robusto como el padre, son los de un hombre. Su mellizo Barnabás, en cambio, es pequeño, delgado, hablador, sutil. No parece haber nacido en una chacra, habituado a ayudar al padre en sus rudas tareas y a montar a caballo, a los vientos y al sol, desde muy chico. Ezequiel ve en este hijo a su mujer, esa que él amó tan intensamente, que trajo del pueblo para convertirla en reina de su rancho y que una noche lo abandonó dejándole esos dos hijos, todavía de piernas inseguras, y el espejo. Fue todo lo que dejó en aquel rancho. Ese espejo que Ezequiel guarda entre sus ropas, en el cual ella contemplaba su rostro fino de grandes ojos dulces - como los de Barnabás - y en el cual, el rudo Ezequiel, que no la olvida, parece que la buscara aún, después de tantos años.

Al pasar por el comedor, Barnabás, que no puede estar en silencio, pregunta:

- ¿Vas al cine, papá?
- Sí. ¿Querés venir conmigo?
- No, papá.
- ¿Y vos? - pregunta al otro hijo.
- Yo voy a ver un partido de fútbol.
- Chau, entonces.

Y sale.

Barnabás queda hablando, como siempre:

- ¿Al cine? ¡Qué cine ni cine! Yo me voy a ver a Débora. ¿Voy a dejar a Débora por el cine? ¿Qué voy a ver en el cine? ¿Cómo se besan los otros?
- ¿Y vos te besás con Débora? - pregunta Albano, y levanta apenas los ojos de una revista, donde está leyendo una crónica de fútbol.
- ¡Besarnos, no! Conversamos. Ella me cuenta lo que ha hecho en la semana, yo le cuento lo que hice. Vamos al arroyo, allá tomamos mate. Cuando yo tomo el mate después de ella, me parece que con la bombilla que ella besó la beso yo a ella. Somos amigos. ¿Vos no tenés amigas? Es mejor una amiga que muchos amigos.

¿Qué decís, Albano?

- Digo que me dejes leer, que no me interrumpas con pavadas.

- Adiós, entonces...

Y Barnabás sale hacia el pueblo, a ver a Débora, la hija del conductor de ómnibus. Ya va a montar al caballo cuando recuerda que le prometió regalarle el espejo. Sí, él le habló del espejo que fue de su madre - a la cual los muchachos suponen muerta -, un espejo de plata. Débora demostró deseos de verlo. Y Barnabás le prometió regalárselo. Al fin, allá estaba entre las ropas, abandonado. Nadie se miraba en él. Esto suponía Barnabás. No sabía que el padre, a veces, lo tomaba entre sus anchos dedos de sus manazas, lo miraba, se miraba en él, y lo acariciaba, como si fuese la cabeza de la que una noche, dejándolo, se fue para siempre. No sabe Barnabás que en su padre, rudo, áspero al parecer, parco en palabras, se esconde, como una flor en un cactus de las sierras, un sentimiento. Toma el espejo y va a salir otra vez, pero Albano le pregunta:

- ¿Te llevás el espejo de mamá?

- Sí. Nadie lo usa. Se lo voy a regalar a Débora. Una muchacha linda como Débora lo necesita más que nosotros...

Y como Albano ya ha vuelto a hundirse en su lectura, calla y sale.

A la mañana siguiente los despierta el padre a gritos:

- ¡El espejo! ¿Quién ha sacado el espejo? ¡Eh, muchachos! ¡Hablen! ¿El espejo?...

La mueca y la voz del hombre son atemorizantes. La cólera le hincha las venas del poderoso cuello. Cerrados los puños, vuelve a gritar:

- ¡El espejo! ¿Quién se llevó el espejo?

El rancho tiembla con sus gritos. Albano mira a Barnabás. Este, palidísimo, temblándole los labios, desfavorido, no acierta a decir nada. Albano se tira del lecho y contesta:

- Yo.

- ¿Qué? ¿Vos sacaste el espejo? ¿Por qué? ¿Dónde está?

- Se lo presté a Débora.

El hombre lo tumba en el suelo de una bofetada.

- ¡Andá a traerlo inmediatamente!

Albano se viste, apresurado, y sale. Barnabás se arrebujaba entre las sábanas. Oye a su padre pasear, nervioso. No atina a asomar la cabeza. Así transcurre... ¿cuánto tiempo? Al fin, redobla afuera, un golpe y oye la voz de su hermano:

- ¡Aquí está el espejo!

Barnabás se asoma. Ve a su padre tomar el espejo delicadamente, mirarlo como si le buscara magulladuras y, satisfecho al comprobarlo intacto, guardarlo en la cómoda.

Después lo ve tomar la pala, el rastrillo, y salir, siempre en silencio.

Pasan minutos. Barnabás se atreve a salir del lecho y comienza a vestirse. No mira a su hermano que está tomando el desayuno. Al rato le pregunta:

- ¿Qué te dijo ella?

Albano levanta la vista llena de reproches.

- ¿Te interesa lo que dijo ella y nada más? ¡Buena cachetada me llevé por vos!

Toma el último sorbo de leche, se levanta y, bruscamente, sale.

Barnabás, pensativo, se sienta, casi se deja caer en la cama. Su pensamiento vuela hasta el pueblo y busca a Débora. ¿Qué pensará ella de él? Decide verla enseguida. Se viste y parte.

Vuelve a la hora del almuerzo. Ya su padre y su hermano están terminando. Silenciosos, según su costumbre. Y como él no tiene ganas de hablar, él, que es quién hace el gasto de conversación en la casa, no se oye más que el ruido de los cubiertos sobre los platos. Al terminar, el padre va a la galería, a fumar un

cigarrillo, antes de comenzar el trabajo nuevamente. Los muchachos recogen los restos de comida y se ponen a lavar los platos.

Barnabás habla:

- Estuve con Débora. Quise explicarle. No me saludó. Está enojada conmigo. ¿Qué le hiciste vos?

- ¿Yo? ¡Nada! Le pedí el espejo, me dijo que vos se lo habías regalado. No me lo quería devolver. La amenacé con decirle a la madre que ella tenía un espejo robado. Entonces me lo devolvió. Lo traje. Y nada más. ¿Qué?

- Te has de haber portado groseramente con ella.

- Sí, le iba a decir: Señorita, ¿quiere hacerme el favor de devolverme el espejo que mi hermano robó para usted? ¿Y pedirle disculpas, todavía? ¿Eh?

- Podías haberle hablado de otra manera y no como quizás le hablaste.

- ¿Sabés, acaso, cómo le hablé?

- No, pero supongo. Habrás ido con malos modos, gritándole.

- ¡Desagradecido! - se enfurece Albano - ¡Todavía me duele la cachetada que me ligué por vos y me venís a reprochar que no traté a tu cómplice como si fuese de manteca!

¡Ladrón!

- ¿Qué ocurre aquí?

Ezequiel, atraído por la gritería, pregunta desde la puerta.

- Ocurre - explica Albano furioso - que yo me llevé hoy una cachetada por él. ¡Y él, ahora, me reprocha, todavía!... Que no traté a la otra como si fuese una flor. ¡Flor de ladrona es tu Débora también!... Y continúa, narra lo ocurrido:

- Él sacó el espejo, no yo. El se lo regaló a Débora, la hija del conductor del ómnibus. Dije esta mañana que había sido yo, de lástima, porque lo vi temblar y con cara de muerto. Voy, traigo el espejo que la gran ladrona no

me quería devolver si no la amenazo, y ahora, este desgraciado... ¡Hacé favores!...

-¡Chist! - lo interrumpe el hombre, y se acerca al abatido Barnabás, lo toma del mentón, le levanta la cabeza, lo mira en los ojos dulces, esos ojos, los mismos, de la que se fue una noche, y que él no olvida. Piensa un momento. Después entra al dormitorio y sale con el espejo en la mano. Se acerca a Barnabás. Lo vuelve a tomar del mentón y a levantarle la cabeza para mirarlo

en los ojos.

Habla:

- ¿Estás enamorado? ¡Pobre hijo mío! Pobre hijo mío - le pasa la mano por la cabeza, acariciante, y termina: Tomá el espejo, regaláselo.

Le da la espalda y sale.

Albano y Barnabás se miran, estupefactos.